

Forma lógica y sensibilidad contextual

Tesis para optar por el título de Magister en Filosofía

Presentada por

**David Alejandro Rey
Código 438291**

**Director
Adrian Cussins**

**Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Filosofía
Bogotá, 2010**

Tabla de contenidos

Agradecimientos	3
Introducción	5
1. El contextualismo	8
1.1 Contextualismo, relevancia y modulación	8
1.2 El contextualismo radical de Searle y Travis	16
2. Reacciones ante el desafío contextualista	21
2.1 Semanticismo y composicionalidad	21
2.2 Contextualismo y composicionalidad	26
3. Creatividad y formalidad	31
3.1 La creatividad de la modulación	31
3.2 La composicionalidad contextualista	36
Conclusiones	42
Bibliografía	43

Agradecimientos

La elaboración de un trabajo de tesis acarrea más deudas de gratitud de las que pueden consignarse en unas cuantas líneas. Desde el año 2002 he estado vinculado al Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, como estudiante de pregrado y posgrado. La interacción con la comunidad del departamento ha sido siempre una experiencia enriquecedora. Por su apoyo a lo largo de este proceso, quiero expresar un agradecimiento especial a los profesores Porfirio Ruiz, Juan José Botero, Raúl Meléndez y Gonzalo Serrano. También agradezco a quienes son y han sido miembros del grupo CILEC, y en especial a aquellos con quienes trabajé durante los seis años en los que fui miembro activo de este grupo. Del año 2006 al 2008 fui beneficiario del Programa de Becas para Estudiantes Sobresalientes de Posgrado de la Universidad Nacional de Colombia. Agradezco a la universidad por este valioso apoyo.

La ideas principales que presento en este trabajo fueron el fruto de un seminario extracurricular llevado a cabo durante el primer semestre del 2009 bajo la dirección del profesor Adrian Cussins. El tema del seminario fue el contextualismo de François Recanati. A los integrantes del seminario, Manuel Amado, Andrea Lozano, Carlos Márquez, Anderson Pinzón y Lina Trigos, les agradezco por su activa participación en las discusiones. Inspirados por estas discusiones, Carlos y Márquez y yo redactamos una ponencia para el *Amsterdam Graduate Philosophy Conference 2009*, congreso organizado por el Departamento de Filosofía y el Instituto de Lógica, Lenguaje y Computación de la Universidad de Amsterdam. La ponencia, titulada “Do We Still Need Compositionality in a Contextualist Framework? Some Remarks on Recanati’s Contextualism”, fue presentada en octubre del mismo año y será publicada en los *Proceedings* del congreso. La presente tesis es una versión ampliada del argumento desarrollado en dicha ponencia. Agradezco a Simón Gómez por sus comentarios a la versión final de este texto.

A mi director de tesis, Adrian Cussins, le expreso un profundo agradecimiento por su generosidad, por su apoyo entusiasta y, sobre todo, porque su aproximación a la filosofía, y su trabajo en el departamento, constituyen una fuente de inspiración para los estudiantes que hemos tenido el privilegio de asistir a sus clases y participar en sus seminarios.

Entre los meses de agosto y diciembre del 2008 fui estudiante visitante en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM (IIF), gracias a una beca de movilidad otorgada por la Red de Macrouiversidades de América Latina y el Caribe. Entre septiembre y diciembre del 2009 fui estudiante visitante en el grupo LOGOS, Universidad de Barcelona, gracias a una beca otorgada por la Fundación Carolina a través de su Programa de Formación Permanente. Agradezco a la Fundación Carolina y a la Red de Macrouiversidades por la confianza depositada. Estoy en deuda con la

doctora Maite Ezcurdia, mi tutora en el IIF, y con el profesor Max Kölbl, mi tutor en LOGOS, por sus valiosos comentarios a mi trabajo en progreso y por su amplia generosidad. Del mismo modo, estoy en deuda con los miembros del IIF y de LOGOS por darme la oportunidad de trabajar en el seno de sus respectivas comunidades. Mi interés actual en tema de la sensibilidad contextual, y en la noción de formalidad, es en buena medida un resultado de las actividades académicas que realicé durante las dos estancias.

Introducción

Las décadas de los sesenta y setenta fueron el escenario de un cambio de actitud hacia el lenguaje natural por parte de los filósofos del lenguaje de orientación formalista. En aquellos años, comenzaba a tomar fuerza la idea de que era posible investigar de manera iluminadora la arquitectura semántica de los lenguajes naturales explotando el tipo de herramientas formales que Frege, Tarski, Carnap, y otros pioneros de la semántica formal, habían aplicado con éxito en el estudio de varias familias de lenguajes formales. Davidson y Montague cristalizaron esta idea bajo la forma de un nuevo programa, diseñar teorías semánticas formales para los lenguajes naturales, o para fragmentos relevantes de éstos, que culminaran en caracterizaciones recursivas de la noción de verdad¹. La vertiente extensionalista del programa, promovida por Davidson, rápidamente ganó aceptación entre los filósofos del lenguaje a ambos lados del Atlántico, mientras que la vertiente intensionalista que favorecían Montague y sus colaboradores ganaba espacio en algunos círculos de lingüistas. La semántica formal aplicada al lenguaje natural daba los primeros pasos para convertirse en el campo de investigación que es hoy en día. A medida que la perspectiva semanticista se perfilaba como el paradigma dominante, parecía quedar superado el antagonismo que dominó el panorama de la filosofía analítica durante los cincuenta, entre la escuela formalista y la escuela del lenguaje corriente. Pero los grandes antagonismos filosóficos no se desvanecen sin dejar huella; a veces evolucionan y reaparecen bajo nuevas formas. En las últimas décadas, un grupo de teóricos de orientación pragmática, herederos de la tradición de Wittgenstein, Austin y Grice, han desafiado la hegemonía del paradigma semanticista. La manzana de la discordia entre los representantes contemporáneos de esta tradición, a quienes llamaré ‘contextualistas’², y sus opositores semanticistas es la sensibilidad contextual.

El fenómeno de la sensibilidad contextual ha desempeñado un papel protagónico en el desarrollo reciente de la filosofía del lenguaje. A través de la amplia literatura que ha surgido en torno a este fenómeno, los filósofos del lenguaje han manifestado un interés creciente en comprender qué tipo de contribuciones hace el contexto a los contenidos proposicionales que expresamos al usar las palabras. Los contextualistas han sostenido que las formas de sensibilidad contextual que reconocen las teorías semanticistas son insuficientes para explicar la dependencia contextual del lenguaje. El contexto ejerce su influencia sobre los contenidos de los actos de habla –sobre sus condiciones de verdad y satisfacción– de maneras mucho más profundas de lo que están dispuestos a admitir los teóricos semanticistas. El debate entre semanticistas y

¹ Davidson 1967b, Montague 1970a, 1970b y 1973 son presentaciones clásicas de este programa. Ver también Lewis 1972.

² El término lo tomo de Recanati (1994, 2004 y 2005). Para designar a los opositores del enfoque contextualista prefiero el término ‘semanticista’ en lugar del término ‘literalista’ –que usa Recanati–.

contextualistas ha propiciado que los problemas fundacionales acerca del lenguaje y el significado vuelvan a estar sobre la mesa: ¿Qué forma general debe tener una teoría del significado para un lenguaje natural? ¿Debe tener la forma de una teoría de la verdad al estilo semanticista, o la forma de una teoría cognitiva de los procesos pragmáticos que subyacen a la comunicación? ¿Dónde se encuentra la frontera entre la semántica y la pragmática? ¿Es composicional el lenguaje? ¿Las condiciones de verdad –y de satisfacción– de una oración están determinadas por los significados de sus constituyentes y su estructura? En el presente trabajo me propongo abordar esta última cuestión.

Usualmente, el contextualismo es percibido como una amenaza para la concepción de la composicionalidad que nos ha legado la tradición semanticista. Esta concepción heredada puede sintetizarse del siguiente modo. Los lenguajes poseen ciertos rasgos fundamentales que serían por completo enigmáticos si no aceptáramos el principio de composicionalidad, es decir, el principio de que el significado de una expresión compleja está determinado por los significados de sus partes. El más sobresaliente de estos rasgos es la productividad, el potencial que tiene un lenguaje para generar un número ilimitado de nuevas oraciones significativas, que se refleja en la capacidad sistemática que tienen los hablantes para comprender nuevas oraciones. Además de la productividad, otras propiedades que han sido invocadas para motivar el principio de composicionalidad son la aprendibilidad (Davidson 1965) y la sistematicidad (Fodor 1987). La composicionalidad le impone una restricción importante a las teorías del significado. Una teoría del significado que sea satisfactoria debe ser una teoría composicional. Debe explicarnos cómo los significados de las expresiones complejas se obtienen a partir de los significados de sus constituyentes. Las teorías que se perfilan como las más promisorias para explicar la composicionalidad son las teorías semánticas formales que derivan recursivamente las condiciones de verdad de las oraciones a partir de sus estructuras y de los valores semánticos de las expresiones primitivas del lenguaje. Ninguna otra clase de teoría incorpora con igual elegancia la idea de la composicionalidad. En consecuencia, tenemos buenas razones para pensar que el estudio de la verdad tiene un papel privilegiado en el estudio del significado. La composicionalidad es el puente que conecta a la teoría de la verdad con la teoría del significado.

En el capítulo 1 explicaré en qué ha consistido el desafío a esta concepción de la composicionalidad por parte de la tradición contextualista. En el capítulo 2 expondré las reacciones que han tomado ante el desafío los semanticistas y los contextualistas. Bajo el marco de esta discusión, desarrollaré una crítica dirigida en contra de las versiones más moderadas del contextualismo, argumentando que éstas le hacen una concesión al teórico semanticista que atenta contra el espíritu del contextualismo. Se trata de la suposición de que el significado literal de una expresión suboracional es un contenido proposicional. El resultado de la crítica será que necesitamos una versión radical del contextualismo. En el capítulo 3 argumentaré que este resultado obtiene

un respaldo adicional a la luz de la creatividad del lenguaje, un fenómeno que se ajusta con naturalidad al marco del contextualismo radical. Al final del capítulo 3 volveré al tema de la composicionalidad. Al respecto, sugeriré que el contextualismo radical es compatible con una versión razonable del principio de composicionalidad. Además, sugeriré que la semántica formal no queda completamente desvirtuada por esta clase de contextualismo, ya que la idea contextualista de composicionalidad nos empuja a buscar una teoría de la formas, y la formalidad ha sido siempre un elemento presente en la agenda de los semanticistas formales.

1. El contextualismo

Dentro de la tradición contextualista hay que distinguir dos corrientes. La primera la representan los autores que, de una manera u otra, se han visto empujados hacia el contextualismo a raíz de un esfuerzo por corregir y refinar el modelo griceano de la comunicación. Aquí podemos situar a Recanati y a los exponentes de la teoría de la relevancia, en especial Dan Sperber, Deidre Wilson y Robyn Carston. La segunda corriente está representada por autores que, como Charles Travis y John Searle, se han apoyado en una versión radical del contextualismo para articular una crítica de fondo a ciertas presuposiciones tradicionales sobre del significado y la comprensión lingüística. En este capítulo voy a presentar las dos corrientes del contextualismo, concentrándome en los seis autores mencionados, y explicaré cómo en el marco de cada una se ha rechazado la concepción semanticista de la composicionalidad.

1.1 Contextualismo, relevancia y modulación

Un buen punto de partida para adentrarnos en la primera corriente es la distinción entre la implicatura y lo dicho. En el modelo de la comunicación de Grice (1975), el contexto contribuye en dos niveles distintos a fijar los contenidos proposicionales que comunicamos mediante el uso del lenguaje. Para Grice, la comunicación es una actividad racional guiada por un conjunto de máximas pragmáticas y un principio de cooperación. Cuando un hablante emite una oración en contexto, ésta expresa un contenido proposicional definido que corresponde a la interpretación literal de sus palabras. A ese contenido literal se le conoce como *lo dicho*. Pero, usualmente, los hablantes que participan en una conversación comunican más de lo que dicen. En estos casos, el mensaje comunicado conlleva, además de la proposición dicha, otras proposiciones que el hablante da a entender de manera implícita. Éstas son las implicaturas. Cuando las implicaturas no se derivan directamente de convenciones lingüísticas, siempre es posible extraerlas a partir de lo dicho con la ayuda de las máximas pragmáticas y de información contextual apropiada. La extracción de las implicaturas conversacionales es entonces un nivel en el que el contexto contribuye a establecer lo que el hablante comunica. El otro nivel es el nivel de lo dicho. Para establecer la proposición dicha también se requiere la contribución del contexto. El campo de batalla entre los semanticistas y los contextualistas no está en el nivel de la implicatura. La mayoría de autores de los dos bandos aceptan alguna historia de corte griceano acerca de las implicaturas. El asunto controversial es la sensibilidad contextual de lo dicho. ¿Cómo contribuye el contexto a determinar lo dicho? Grice nos dio una breve indicación en un conocido pasaje de “Logic and Conversation”:

En el sentido en que estoy empleando la palabra ‘decir’, lo que una persona cualquiera ha dicho se halla íntimamente relacionado con el significado convencional de las palabras (de

la oración) que ha proferido. Supongamos que alguien ha proferido la oración ‘Desde aquella experiencia [él] le tenía auténtica aversión al potro’. Dado un mínimo de conocimientos de la lengua española, e incluso ignorando las circunstancias en que se profirieron dichas palabras, podría decirse que conoceríamos algo de lo que el hablante dijo, en el supuesto de que estuviese hablando español liso y llano y de que, además, estuviera hablando [literalmente]. Uno sabría que la persona había dicho, del hombre [...] en cuestión, o bien que (i) su aversión hacia un cierto caballo de menos de cuatro años de edad, aproximadamente, tenía su origen en una cierta experiencia o bien que (ii) su aversión hacia un cierto tipo de instrumento de tortura derivaba de una muy desagradable experiencia previa. (No hace falta decir que esta explicación tiene tan solo un valor aproximado.) Pero para identificar de lleno lo que el hablante dijo haría falta saber (a) a qué persona se refería, (b) cuál es la experiencia previa, de tan nefasta memoria, a la que se alude, (c) el momento de tiempo en que se profirió la citada oración y (d) el significado de la frase «el potro» en ese particular momento de proferencia (es decir, decidimos entre (i) y (ii)). (Grice 1975, p. 527)³

Algo que Grice parece tener en mente cuando afirma que lo dicho se encuentra estrechamente vinculado con el significado convencional de las palabras es que son las convenciones semánticas del lenguaje las que nos indican qué contribución debe hacer el contexto de emisión a la especificación de la proposición dicha. Así, para establecer lo que el hablante del ejemplo ha dicho, necesitamos acudir al contexto de emisión para asignarle un referente al pronombre ‘él’, desambiguar la palabra ‘potro’ y fijar un periodo de tiempo pasado con respecto al momento de la emisión. Sabemos por las convenciones del lenguaje que la oración emitida no expresará una proposición a menos que el contexto provea todos estos elementos. Este tipo de concepción acerca de lo dicho es la que caracteriza a los enfoques semanticistas. El teórico semanticista requiere una noción de lo dicho, del contenido proposicional literal expresado por una oración, cuyo estudio pueda abordarse con los recursos de la semántica formal. Al enfrentarse al fenómeno de la sensibilidad contextual, los semanticistas han insistido en limitar la influencia del contexto sobre lo dicho a un conjunto bien definido de procesos gobernados por las convenciones semánticas y la estructura lingüística; procesos como resolver ambigüedades léxicas y sintácticas, fijar la referencia de los deícticos y otras expresiones que requieren saturación, y precisar el significado de los términos vagos. Como resultado de estos procesos, las expresiones sensibles al contexto que forman parte de la oración emitida reciben en el contexto de uso unos valores semánticos que le servirán de *input* a una teoría semanticista composicional, y ésta arrojará como *output* el contenido proposicional literal que la oración expresa en el contexto.

Algunos semanticistas han visto la necesidad de aumentar la lista de posibles contribuciones del contexto a lo dicho. Siguiendo las ideas pioneras de Arthur Prior sobre la lógica temporal, David Kaplan (1977) y David Lewis (1980) añadieron a la

³ Uso aquí la traducción de Juan José Acero –con algunas modificaciones menores señaladas entre corchetes–, quien cambia el ejemplo original de Grice ‘*He is in the grip of a vice*’ por un ejemplo en español con características similares.

lista la asignación de circunstancias de evaluación –también llamadas ‘índices’, en la terminología de Lewis–. En el marco de Kaplan, el valor de verdad de una oración que contiene deícticos se fija en dos estadios: primero, el contexto de uso contribuye a especificar la proposición que expresa la oración y, una vez ha sido especificada, esa proposición es evaluada con respecto a una circunstancia de evaluación –que para Kaplan está constituida por un mundo posible y un tiempo–. Sin esta relativización de la verdad a las circunstancias de evaluación, no podríamos tener un tratamiento satisfactorio de los operadores modales y temporales. Desde otra perspectiva, John Perry ha sugerido que las proposiciones expresadas por ciertas clases de oraciones tienen constituyentes inarticulados, es decir, constituyentes de la proposición a los que no les corresponde ningún constituyente en la estructura sintáctica, o en la forma lógica, de la oración. Su ejemplo mejor conocido es la oración ‘Está lloviendo’ (Perry 1986). Esta oración no expresa una proposición evaluable a menos que se especifique contextualmente cuál es el lugar en el que presuntamente llueve. Pero, de acuerdo con Perry, en la estructura de la oración no hay ningún elemento lingüístico que haga referencia al lugar y, sin embargo, es indudable que el lugar está incluido entre los constituyentes de la proposición dicha. Tenemos así dos mecanismos alternativos de dependencia contextual: la selección de circunstancias de evaluación y la provisión de constituyentes inarticulados. Pero estos mecanismos siguen teniendo el sello propio del semanticismo. Las contribuciones del contexto a la especificación y la posterior evaluación de la proposición siguen estando bajo el control de la estructura semántica en el siguiente sentido: en ausencia de dichas contribuciones, nunca obtendríamos una proposición expresada ni un valor de verdad asignado a esa proposición.

¿Cabe esperar que todas las formas de sensibilidad contextual que operan sobre lo dicho estén dictadas por las convenciones lingüísticas y la estructura semántica? El primer ataque sistemático a esta presuposición semanticista provino de una trinchera neogriceana: la teoría de la relevancia. En el capítulo 4 de *Relevance*, Sperber y Wilson argumentaron que la construcción de las explicaturas –de lo dicho– es un resultado conjunto de procesos de decodificación y de procesos de inferencia pragmática. La extracción de las explicaturas y la extracción de las implicaturas están regidas por el mismo principio cognitivo, el principio de relevancia, que moldea los procesos de interpretación de tal modo que éstos favorezcan las interpretaciones que producen los mayores efectos cognitivos al mínimo costo de procesamiento. Incluso los procesos lingüísticamente controlados, como la desambiguación y la asignación de referentes para los deícticos, se encuentran sujetos a la acción del principio de relevancia. En el ejemplo de Grice previamente citado, el oyente debe seleccionar el significado de ‘potro’ que sea más apropiado para el contexto de uso, y puede verse forzado a resolver un problema análogo con respecto a ‘él’ si el contexto presenta más de un posible referente para ese pronombre. Todas estas decisiones se toman a través de inferencias pragmáticas subpersonales. Más importante aún, Sperber y Wilson sostuvieron que existe otro tipo de proceso pragmático que influye en la construcción

de lo dicho. Este proceso, que Sperber y Wilson ilustran mediante ejemplos como (1)-(4), es el enriquecimiento.

(1a) ‘Se va a enfriar’

(1b) La cena se va a enfriar *muy pronto*

(2a) ‘Me tomará algún tiempo reparar su reloj’

(2b) Me tomará *más tiempo del habitual* reparar su reloj

(3a) ‘Ya desayuné’

(3b) Ya desayuné *en el día de hoy*

(4a) ‘El bate de Pedro es demasiado corto’

(4b) El bate *con el que jugará* Pedro es demasiado corto *para batear bien*

(1b)-(4b) representan las interpretaciones que le daríamos a las oraciones (1a)-(4a) en contextos normales. Las adiciones señaladas con letra cursiva son, de acuerdo con Sperber y Wilson, enriquecimientos que el oyente debe añadirle a la explicatura para obtener una interpretación apropiada de las palabras que emite el hablante. Sin estos enriquecimientos, (1a) expresaría la proposición trivial de que la cena se enfriará en algún momento futuro, (2a) expresaría la proposición trivial de que reparar un reloj es una acción que, como cualquier otra acción, toma algún periodo de tiempo en realizarse, y (3a) expresaría la proposición trivial de que el hablante ha desayunado en algún momento de su vida anterior a la emisión. Ninguna de estas proposiciones triviales corresponde a lo que el hablante intenta comunicar con su emisión, y por esta razón el enriquecimiento es necesario para extraer la proposición que él realmente ha expresado, la proposición dicha. Sperber y Wilson también presentan las adiciones hechas en (4b) como enriquecimientos, aunque en este caso se trata enriquecimientos exigidos por las convenciones lingüísticas. En (4a), ‘demasiado’ es un adverbio semánticamente incompleto que requiere ser complementado con un *para qué*, y la construcción posesiva ‘el bate de Pedro’ no tendrá un referente a menos que se establezca contextualmente cuál es la relación que hay entre Pedro y el bate. En la medida en que hay procesos inferenciales pragmáticos que juegan un papel crucial en la desambiguación, la asignación de referentes y el enriquecimiento, Sperber y Wilson concluyen que los significados literales de las oraciones, aquellos que se obtienen por medio de la decodificación, son representaciones fragmentarias, estructuras abstractas que no expresan ninguna proposición antes de que entren a operar los procesos pragmáticos. Carston (1988) contribuyó a refinar y a hacer más explícita la posición de Sperber y Wilson con respecto a las explicaturas. En particular, Carston formuló nuevos ejemplos destinados a ratificar la influencia de lo pragmático sobre las explicaturas.

(5a) ‘Ella le dio a su esposo la llave y él abrió la puerta’
(5b) Ella le dio a su esposo la llave y *después* él abrió la puerta *usando la llave*

(6a) ‘El señor Pérez fue insultado y va a renunciar’
(6b) El señor Pérez fue insultado *y como consecuencia* va a renunciar

(7a) ‘La señora Gómez tiene tres hijos’
(7b) La señora Gómez tiene *exactamente* tres hijos

(8a) ‘Si el anciano rey muere de un ataque cardiaco y se instaura una república, Juan estará feliz, pero si se instaura una república y el anciano rey muere de un ataque cardiaco, Juan no estará feliz’

(8b) Si el anciano rey muere de un ataque cardiaco y *después* se instaura una república, Juan estará feliz, pero si se instaura una república y *después* el anciano rey muere de un ataque cardiaco, Juan no estará feliz

Con respecto a oraciones como (5a) y (6a), la posición oficial que adoptó Grice fue que las connotaciones temporales y causales que recibe la palabra ‘y’ forman parte de las implicaturas conversacionales comunicadas, no de la proposición dicha. El significado de la palabra ‘y’ está dado por la tabla de verdad de la conjunción lógica, y lo mismo ocurre con los otros correlatos de los conectivos lógicos. Como resaltó Jonathan Cohen (1971), esta posición tiene la consecuencia indeseable de que un hablante que asevera (8a) se compromete con una proposición contradictoria en el nivel de lo dicho. Carston defendió la tesis de que los enriquecimientos que tienen lugar en (5b)-(8b) forman parte de las proposiciones dichas cuando (5a)-(8a) son emitidas en contextos apropiados. Cuando un hablante emite (7a), por ejemplo, no dice que la señora Gómez tiene al menos tres hijos y da a entender que tiene tan sólo tres; por el contrario, dice que la señora Gómez tiene exactamente tres hijos y puede apoyarse en esta explicatura para dar a entender otras cosas según el contexto.

Lo interesante acerca del concepto de enriquecimiento es que nos conduce a rechazar la suposición de que el contexto actúa sobre lo dicho sólo a través de procesos lingüísticamente controlados. Para interpretar (1a), el oyente debe realizar algunos procesos contextuales obligatorios: asignarle un sujeto a la oración, y quizá también asignarle un significado al verbo ‘enfriar’. Estos procesos son obligatorios porque sin ellos no se obtendría una proposición expresada. La semántica de la oración exige que tales procesos se lleven a cabo. Pero no parece ocurrir lo mismo con los procesos de enriquecimiento que se dan en (1b)-(3b) y en (4b)-(8b). En todos estos casos, las oraciones emitidas expresarán proposiciones completas aun si no se enriquece la proposición dicha. El enriquecimiento se hace necesario por razones puramente pragmáticas; es necesario enriquecer la proposición para que las palabras

del hablante tengan sentido a la luz de la situación contextual. Pero nada en la estructura lingüística, ni en las convenciones semánticas del lenguaje, nos obliga a enriquecer la proposición de las maneras descritas en los ejemplos. Una consecuencia directa de este hecho es que las teorías semanticistas estándar, que no reconocen el enriquecimiento, darán el *output* incorrecto al interpretar las oraciones que hemos venido considerando. La teoría semanticista les asignará proposiciones triviales a las oraciones emitidas, como vimos en relación con (1a)-(3a), o les asignará falsedades patentes, como bien lo ilustra el ejemplo de Cohen.

Por supuesto, varios de los ejemplos de Sperber y Wilson, y de Carston, son controvertibles. Bajo la influencia de Barbara Partee (1973), un buen número de semanticistas han admitido que los verbos conllevan en el nivel de la forma lógica una variable temporal, a la que se le asigna en contexto un periodo de tiempo con respecto al cual se evalúa la aplicación del verbo en cuestión. Es posible entonces analizar (3a) de tal modo que la variable temporal asociada a ‘desayunó’ reciba como valor contextual el día de la emisión. Dada esa asignación para la variable, el predicado ‘x desayunó’ se evaluará con respecto al día de la emisión. Con este análisis, el semanticista ya no está obligado a interpretar (3a) por medio de la proposición trivial de que el hablante ha desayunado en algún estadio previo de su vida. Lo que parecía a primera vista un caso de enriquecimiento es en realidad un caso de saturación de una variable, similar a la asignación de un referente para un deíctico⁴. Por otra parte, es plausible alegar que el ejemplo (4) tampoco es un caso de enriquecimiento, contrario a lo que asumen Sperber y Wilson. Puesto que ‘el bate de Pedro’ denota aquel bate que esté relacionado con Pedro por una relación fijada en el contexto, sería razonable postular una variable para esta relación en la estructura semántica de la construcción. Del mismo modo, sería razonable postular una variable en la estructura léxica de ‘demasiado’, que sea interpretada en cada contexto con el correspondiente *para qué*. La misma estrategia de análisis puede extenderse a otros ejemplos de incompleción semántica que han presentado los contextualistas (ver Bach 1994, pp. 127-128):

(9a) ‘El acero no es suficientemente fuerte’

(9b) El acero no es suficientemente fuerte *para soportar el peso del edificio*

(10a) ‘María está lista’

(10b) María está lista *para salir a bailar*

También el adverbio ‘suficientemente’ necesita ser complementado con un *para qué*, y ese rasgo puede representarse con una variable léxica. La misma consideración vale para el adjetivo ‘lista’ en (10a). Con respecto a los ejemplos de Carston que involucran la palabra ‘y’, un semanticista podría sugerir que cuando esta partícula se usa para

⁴ Para otro posible análisis semanticista de (4a), y también de (2a), ver Recanati 1989.

conectar dos oraciones que describen eventos, ella se comporta como una variable a la que debe asignársele en el contexto una relación entre los eventos descritos. Puede tratarse de una relación de sucesión temporal, como en (5a) y (8a) o de una relación causal, como en (6a). Con este análisis a la mano, el semanticista ya no se ve forzado a asignarles interpretaciones triviales o inconsistentes a estas oraciones.

Pero si bien es cierto que varios de los ejemplos que han usado los contextualistas pueden ser controvertidos de maneras razonables, hay otros ejemplos para los que no resulta plausible un análisis de corte semanticista. A mi juicio, uno de estos ejemplos es (5). Nada en la estructura lingüística, ni en las convenciones que rigen el significado de ‘abrió’ y ‘puerta’, nos obliga a enriquecer el predicado ‘abrió la puerta’ como *abrió la puerta usando la llave*. La especificación del instrumento de la acción es puramente opcional desde una perspectiva semántica. En otro contexto de uso podría ser irrelevante el instrumento con el que el marido abrió la puerta, y entonces no enriqueceríamos la proposición expresada añadiendo un instrumento. Los ejemplos (11) y (12) tienen características similares. Podemos imaginar (11a) siendo emitida por una madre como respuesta al llanto de su hijo de siete años, quien se ha hecho una pequeña herida en la mano, y podemos imaginar (12a) como una oración emitida en el contexto de una conversación sobre las razones por la que Ana no ha estado de buen ánimo recientemente.

(11a) ‘No te vas a morir’

(11b) No te vas a morir *a causa de esa pequeña herida* (Bach 1994, p. 134)

(12a) ‘Ana quiere conocer un soltero’

(12b) Ana quiere conocer un soltero *joven, heterosexual, interesado en casarse...*
(Carston 2002, p. 27)

Sin el enriquecimiento efectuado en (11b), la oración (11a) expresaría la proposición de que el niño es inmortal. Pero esta vez no parece plausible alegar que el verbo ‘morir’ viene acompañado de una variable para la causa de la muerte. No hay ninguna convención semántica que nos obligue a hacer esta especificación siempre que usamos el verbo en cuestión. Puesto que aquí el enriquecimiento no está gobernado por la estructura semántica, tenemos de nuevo la consecuencia de que una teoría semanticista le asignará a (11a) una proposición evidentemente falsa, y que no corresponde al contenido proposicional que la madre tiene la intención de expresar. El ejemplo (12) ilustra una forma distinta de enriquecimiento, el enriquecimiento de un concepto. Para comprender (12a), no nos basta con decodificar el significado literal de ‘soltero’, hay que enriquecer este concepto de manera tal que podamos identificar una subclase de la clase de los solteros que sea relevante para entender qué es lo que quiere Ana. Tanto en (11) como en (12) lo que nos conduce a hacer el enriquecimiento es la necesidad pragmática de darle sentido a la emisión.

Hemos visto cómo, en su intento por corregir la concepción de Grice acerca de lo dicho, los teóricos de la relevancia, y otros autores influenciados por el modelo de la comunicación de Grice, cuestionaron la presuposición semanticista de que todas las influencias del contexto sobre la proposición dicha operan bajo el control de procesos lingüísticos en el nivel semántico. A través de los años, Recanati ha incorporado esta línea de argumentación contra el semanticismo dentro de un marco contextualista que ha adquirido una influencia importante en la literatura reciente. En su libro *Literal Meaning*, Recanati presenta y defiende este marco⁵. El concepto central dentro del enfoque de Recanati es el concepto de *modulación*. La modulación es un tipo de proceso pragmático que consiste en derivar el contenido proposicional que una expresión lingüística expresa en el contexto de uso a partir del significado literal que ésta codifica. Es la creación de nuevos significados sobre la base del material lingüístico codificado. El significado literal que ingresa como *input* de la modulación puede ser enriquecido, empobrecido, o transferido a un contenido proposicional sistemáticamente relacionado con él. Hemos considerado ya algunos ejemplos de enriquecimiento. Recanati (2004, p. 26) propone (13) y (14) como ejemplos de empobrecimiento y transferencia.

(13) ‘El cajero se tragó la tarjeta’

(14a) ‘El emparedado de jamón se fue sin pagar’

(14b) *El comprador del emparedado de jamón se fue sin pagar*

Literalmente, ‘tragar’ denota un tipo de movimiento muscular que se realiza con la garganta. Al interpretar (13), ampliamos –empobrecemos– el significado literal de este verbo eliminando algunos de los rasgos semánticos que le están asociados, de tal forma que el movimiento que hace el cajero electrónico cuente como una manera de tragar. La oración (14a), emitida en el contexto de un restaurante de comidas rápidas, puede usarse para decir que la persona que compró el emparedado se fue del restaurante sin pagar. Lo que ocurre en este caso es que la propiedad que denota literalmente la expresión ‘es un emparedado de jamón’ es reemplazada por la propiedad de ser el comprador del emparedado. Según Recanati, los procesos de enriquecimiento, empobrecimiento y transferencia se contraponen a la saturación de las variables y de otros elementos lingüísticos que requieren compleción. Estos procesos se diferencian de la saturación en que no son activados por la estructura lingüística; no son requeridos con el fin de obtener una proposición evaluable.

El marco de Recanati desafía la concepción semanticista de la composicionalidad porque les arrebató cualquier rol en la comunicación a las proposiciones derivadas

⁵ Carston 2002 también contiene un tratamiento amplio y detallado del contextualismo, desde la perspectiva de la teoría de la relevancia.

composicionalmente a partir de procesos lingüísticamente controlados⁶. En un acto de interpretación, el oyente especifica por modulación y saturación los contenidos proposicionales que expresan los constituyentes de la oración interpretada. Luego combina tales contenidos para construir la proposición que el hablante ha expresado al usar la oración. Saturación y modulación, de acuerdo con Recanati, son procesos interdependientes, y ambos se llevan a cabo desde el nivel suboracional. El oyente no computa primero una proposición literal –también llamada ‘proposición mínima’– compuesta por significados literales, para después inferir cuál es la proposición dicha. La modulación opera directamente sobre las expresiones suboracionales, y sólo entonces los contenidos modulados se combinan con los contenidos saturados para dar lugar a la proposición dicha. Si se construye una proposición mínima aplicando sólo saturación, y otros procesos gobernados por la estructura lingüística, tal proposición no corresponderá a lo que el hablante dice en el contexto de uso. En consecuencia, las proposiciones mínimas que nos arroja una teoría del significado semanticista no desempeñan ningún papel en la comunicación humana. Ellas no especifican lo dicho ni tampoco son computadas en algún estadio intermedio del proceso de interpretación.

1.2 El contextualismo radical de Searle y Travis

Si bien la inclusión del contextualismo como un punto capital en la agenda de los filósofos del lenguaje es relativamente reciente, desde los setenta Searle y Travis han venido insistiendo en que las condiciones de verdad y satisfacción asociadas a las oraciones dependen del contexto de uso de una forma radical. Bajo la influencia de Wittgenstein y Austin, ambos autores han argumentado que la sensibilidad al contexto es un fenómeno que afecta sin excepción a todas las oraciones, y que va mucho más allá de las formas de dependencia contextual que admiten los enfoques semanticistas.

El contextualismo radical de Searle está articulado alrededor del concepto de trasfondo. En dos ensayos titulados “Literal Meaning” (1978) y “The Background of Meaning” (1980), Searle planteó la tesis de que el significado literal de una oración sólo determina un conjunto de condiciones de verdad, y en términos más generales, un conjunto de condiciones de satisfacción, bajo un trasfondo de suposiciones y prácticas. En trabajos subsecuentes, Searle extendió esta tesis a la intencionalidad en general⁷. Toda forma de intencionalidad presupone un trasfondo preintencional de capacidades, prácticas sociales y hechos naturales. Su ejemplo predilecto para ilustrar esta tesis es el verbo ‘cortar’. Sobre la base de nuestras actuales prácticas sociales, comprendemos las condiciones de satisfacción de la oración imperativa ‘Ve a cortar el pasto’. Gracias a nuestro conocimiento de estas prácticas de trasfondo, podemos

⁶ Ver Recanati 2004, capítulos 1, 2 y 4.

⁷ Ver Searle 1983, capítulo 5 y 1992, capítulo 8.

especificar la manera particular de cortar el pasto que es relevante para obedecer el imperativo; es decir, cortarlo con una podadora. Pero si el trasfondo cambia, por ejemplo, si desarrollamos la práctica de cortar el pasto de una manera similar a como cortamos pasteles (Searle 1980, pp. 224-225), las condiciones de satisfacción del imperativo serán diferentes. Cortar el pasto con una podadora ya no sería una forma de cumplir la orden. Además, en ausencia de un trasfondo apropiado, no habrá condiciones de satisfacción especificadas. Ésta es la razón por la que, a menos que se den unas suposiciones contextuales relevantes, no comprendemos el imperativo 'Ve a cortar el Sol'. No contamos con una práctica establecida que nos permita entender qué acciones contarían como cortar el Sol. Searle ha ilustrado el mismo punto con oraciones tan diversas como (15)-(21):

(15) 'El gato está sobre la alfombra' (Searle 1978, pp. 120-126)

(16) 'Déme una hamburguesa, a media cocción, con salsa de tomate y mostaza'
(Searle 1978, pp. 127-128)

(17) 'El presidente cortó los salarios de los empleados' (Searle 1980 pp. 221-222)

(18) '4 + 5 = 9' (Searle 1980 pp. 228-230)

(19) 'La nieve es blanca' (Searle 1980 pp. 229-231)

(20) 'Sally abrió los ojos' (Searle 1983 pp. 145-145)

(21) 'Sally le dio a Juan la llave, y él abrió la puerta' (Searle 1992 pp. 181-182)

Al analizar cada una de estas oraciones, Searle imagina situaciones extraordinarias en las que se ve alterado el trasfondo subyacente, y muestra cómo esta alteración acarrea un cambio en las condiciones de satisfacción asociadas a la oración, o bien deja a la oración sin unas condiciones de satisfacción asociadas con respecto a esas situaciones. Tales modificaciones del trasfondo, según Searle, no implican ningún cambio en el significado literal de la oración, ni en los significados de las palabras que la componen. El significado de 'cortar' no va a cambiar por el simple hecho de que desarrollemos una nueva práctica para cortar el pasto. Así pues, las condiciones de verdad y satisfacción pueden variar mientras los significados literales permanecen invariantes. Searle se percata de que este resultado pone en riesgo a la ortodoxia semanticista fregeana:

De acuerdo con la tradición que proviene de Frege, el significado literal de una oración está completamente determinado por los significados de sus partes y la combinación sintáctica que éstas tienen en la oración. [...] Un segundo axioma en esta tradición

dominante ha sido que el significado de una oración determina las condiciones de verdad de esa oración, y, de acuerdo con algunos autores, una teoría de las condiciones de verdad de las oraciones de un lenguaje es una teoría del significado para ese lenguaje. Pero es difícil ver cómo podemos mantener estos dos axiomas y dar cuenta a la vez de los hechos [observados acerca de las oraciones que contienen el verbo 'cortar'], pues en esas oraciones uno y el mismo contenido semántico, expresado por la palabra 'cortar', ocurre en cada oración; y, sin embargo, este contenido parece hacer en cada caso una contribución diferente a las condiciones de verdad de la oración. Tampoco parece haber alguna manera obvia de evitar esta inconsistencia apelando a las diversas distinciones que hacen parte de la teoría semántica y pragmática contemporánea.

(Searle 1980, p. 223)

En pocas palabras, la dependencia del significado literal sobre el trasfondo amenaza a la tesis de que las condiciones de verdad de una oración se encuentran determinadas por los significados de sus constituyentes; las condiciones de verdad pueden cambiar a pesar de que estos significados no cambian. Esta amenaza a la composicionalidad es ratificada por oraciones como (21) y (22).

(21) 'María cortó la arena' (Searle 1980 p. 225-226)

(22) 'Pedro abrió la montaña' (Searle 1983 pp. 146-147)

Aunque conocemos los significados de todas las palabras que componen (21) y (22), y estamos bien familiarizados con su estructura sintáctica, no comprendemos estas dos oraciones. No sabemos qué condición en el mundo debió darse para que María haya cortado la arena, y esto lo confirma el hecho de que tampoco sabemos qué tendría que hacer María para obedecer el imperativo 'Ve a cortar la arena'. Los significados literales de las palabras en (22) y (23) no determinan unas condiciones de verdad. La conclusión general a la que nos lleva la discusión de Searle es que hay un factor contextual, el trasfondo, que contribuye a determinar las condiciones de verdad y satisfacción. Estas condiciones no están determinadas por los significados literales y la estructura oracional.

Recorriendo una ruta similar, Travis ha criticado el paradigma semanticista alegando que éste se fundamenta en una concepción errónea de la relación que hay entre el significado y la verdad. Para Travis, la verdad de lo que decimos no depende tan sólo de lo que significan las palabras y de la manera como el mundo es, también depende de las circunstancias en las que ellas son producidas. Pero la dependencia de la verdad sobre las circunstancias es mucho más profunda de lo que revela la deixis. Una manera de apreciarlo consiste en imaginar situaciones en las que permanecen fijos los dos primeros factores, el mundo y el significado de las palabras, pero las circunstancias de emisión varían. La tesis de Travis a este respecto es que una oración cualquiera, preservando el significado que tiene, puede usarse, en circunstancias diferentes, para expresar una variedad indefinidamente amplia de condiciones de

verdad, y este rasgo se mantiene incluso si ya le hemos asignado referentes a todos los deícticos de la oración, especificado la referencia temporal de todos los verbos que aparecen en ella y, en general, si ya hemos saturado todos los lugares vacíos que contiene. Habiendo especificado todos los objetos sobre los que queremos hablar, el significado de la oración es compatible con que digamos cosas distintas, algunas verdaderas y otras falsas, acerca de esos objetos⁸. Travis (1996, p. 451, nota 1 y 2008, pp. 2-4) le atribuye esta tesis a Austin, y en su defensa de ella está siempre presente la influencia de Wittgenstein. En sus escritos sobre el tema, Travis ha ilustrado dicha tesis mediante numerosos ejemplos. Pero su ejemplo más conocido es el siguiente:

Un relato. El arce japonés de Pia está lleno de hojas rojizas. Bajo la creencia de que el verde es el color de las hojas, ella las pinta. Al regresar, dice ‘Así está mejor. Las hojas son verdes ahora’. Pia dice la verdad. Entonces, un amigo botánico la llama por teléfono, buscando unas hojas verdes para un estudio acerca de la química de las hojas verdes. ‘Las hojas (de mi árbol) son verdes’, dice Pia, ‘Puedes usarlas’. Pero ahora Pia dice algo falso.

Si el relato es correcto, entonces hay dos cosas distintas por decir al proferir (1) [‘Las hojas son verdes’] con la semántica estipulada. Una es verdadera, una es falsa; así, cada una sería verdadera bajo diferentes condiciones. Esa semántica es, entonces, compatible [...] con la variación en las propiedades veritativas. Así, lo que las palabras de (1) significan es compatible con varias condiciones distintas para su verdad.

(Travis 1997, p. 89)

La oración que Travis escoge es deliberadamente simple. Una vez hemos fijado el referente de ‘las hojas’ y el tiempo de la emisión, no quedan otros rastros de deixis por resolver. Y, sin embargo, en las dos ocasiones, en el contexto decorativo y en el contexto botánico, Pia emplea las mismas palabras, con el mismo significado, para expresar condiciones de verdad diferentes.

Antes de cerrar este capítulo, debo enfatizar que ni Searle ni Travis pretenden negar el principio de composicionalidad entendido como la tesis general de que el significado de una oración se encuentra determinado por los significados de sus partes. Ambos autores reconocen que los lenguajes naturales son composicionales en este modesto sentido (Searle 1992, pp. 179-180 y Travis 1998, pp. 134-135). Por su parte, Recanati y los teóricos de la relevancia reconocen que el significado literal que codifica una oración se deriva composicionalmente de los significados de sus partes. El blanco de las críticas contextualistas es más específico. El blanco es la concepción semanticista de la composicionalidad de acuerdo con la cual las teorías semánticas formales son suficientes para explicar cómo es que las condiciones de verdad de las oraciones están determinadas por su composición interna y por la contribución del contexto. Para el contextualista, hay ciertos factores pragmáticos que contribuyen a la determinación de las condiciones de verdad, pero estos factores no son reducibles a los mecanismos de dependencia contextual que postulan los teóricos semanticistas.

⁸ Ver Travis 1996, 1997 y 2008 pp. 1-16

En consecuencia, las condiciones de verdad no pueden estar determinadas tan sólo por la forma lógica –o la estructura sintáctica–, los significados convencionales de las palabras y los mecanismos semanticistas de dependencia contextual.

2. Reacciones ante el desafío contextualista

En el capítulo anterior presenté el desafío que han planteado los contextualistas a la concepción semanticista de la composicionalidad. En este capítulo examinaremos las reacciones que tal desafío ha desatado en la literatura reciente, tanto en el bando semanticista como en el bando contextualista. Mi interés principal, sin embargo, está en la orilla contextualista. El interrogante central que quiero resolver en esta tesis es si el contextualismo es compatible con una caracterización de la composicionalidad en términos de condiciones de verdad. Haré una primera aproximación al asunto en la sección 2.2. No obstante, para comprender mejor en qué se diferencia una defensa contextualista de la composicionalidad de una defensa semanticista, creo que vale la pena explorar cómo han reaccionado los teóricos semanticistas ante la amenaza que plantea el contextualismo. Esto lo haremos en la sección 2.1.

2.1 Semanticismo y composicionalidad

En la literatura reciente, la fuerza del desafío contextualista se evidencia en el hecho de que este desafío ha obligado a los teóricos semanticistas a adoptar posiciones extremas. Quizá el ejemplo más palpable es la postura minimalista de Herman Cappelen y Ernest Lepore (2005). Como su nombre lo indica, la postura de estos autores consiste en minimizar la influencia del contexto sobre el contenido semántico propiamente dicho⁹. Cuando un hablante emite una oración, hay una proposición semánticamente expresada, que es determinada por los mecanismos composicionales que rigen la semántica de la oración. Esta proposición semánticamente expresada –o proposición mínima– no es inmune al contexto, pero su sensibilidad contextual se caracteriza porque siempre es activada por la gramática y está restringida a un pequeño conjunto de expresiones, al que Cappelen y Lepore llaman *el conjunto básico*. Entre estas expresiones figuran aquellas incluidas en la lista de los deícticos de Kaplan (1977, p. 489) y unas pocas más. Aparte de las tareas de desambiguación y especificación de expresiones vagas, el papel del contexto en la determinación de la proposición mínima se limita a aquellas contribuciones que sean exigidas por las expresiones del conjunto básico.

Una consecuencia inmediata del enfoque minimalista de Cappelen y Lepore es que ninguno de los ejemplos (1)-(22) del capítulo anterior constituye un caso genuino de sensibilidad contextual, salvo en lo que concierne a las formas de dependencia que están dictadas por la gramática de las oraciones, como la selección de referentes para los deícticos y la desambiguación. La oración (10a) –‘María está lista’–, por ejemplo, expresa sin más la proposición *María está lista*, y es verdadera si y sólo si María está lista. La oración ‘Andrés es alto’ expresa la proposición *Andrés es alto*, y ‘Las hojas

⁹ Ver Borg 2004 para otra defensa del minimalismo.

son verdes' expresa la proposición *Las hojas son verdes*. Palabras como 'listo', 'alto' y 'verde', según Cappelen y Lepore, no son sensibles al contexto; no están incluidas en el conjunto básico. Cappelen y Lepore reconocen que la proposición semánticamente expresada muchas veces no hace justicia a nuestras intuiciones ordinarias acerca de lo que dicen los hablantes, acerca de los contenidos de sus actos de habla, tal como vimos con los ejemplos (1)-(14). Pero, en su opinión, estas intuiciones son bastante liberales y con frecuencia están influenciadas por múltiples hechos que conocemos acerca de la psicología del hablante, del contexto de uso, de la manera como funciona el mundo y de las conexiones lógicas entre contenidos. Para cualquier emisión de una oración, existe una pluralidad de proposiciones distintas que pueden emplearse para formular reportes intuitivamente correctos del acto de habla que realiza el hablante. Dentro de esta pluralidad de proposiciones expresadas, siempre es posible aislar una proposición mínima, objeto de estudio de las teorías del significado semanticistas. El pluralismo acerca de los actos de habla conduce a Cappelen y Lepore a negar que pueda haber una teoría sistemática sobre los contenidos de estos actos, mientras que el minimalismo les permite asegurar la posibilidad de una teoría sistemática de corte semanticista para las proposiciones mínimas.

La postura de Cappelen y Lepore es extrema porque niega de manera polémica las formas de sensibilidad contextual que han documentado los filósofos contextualistas. La otra reacción hacia el contextualismo que se observa en la literatura ha consistido en reanalizar los ejemplos contextualistas de tal modo que éstos sólo exhiban formas de sensibilidad contextual que sean admisibles dentro de un marco semanticista. En el capítulo anterior vimos que es posible plantear análisis semanticistas de oraciones como (3a)-(10a) postulando la existencia de ciertas variables en la forma lógica de la oración. Llevando esta sugerencia a sus límites, Jason Stanley (2000) ha defendido la hipótesis de que todos los efectos del contexto extralingüístico sobre las condiciones de verdad son rastreables hasta la forma lógica. Las influencias del contexto sobre las condiciones de verdad están restringidas a resolver ambigüedades y asignar valores a las variables libres presentes en la forma lógica de la oración. Stanley ha mostrado cómo pueden analizarse varias clases de oraciones en conformidad con su hipótesis¹⁰. En todos sus análisis, el resultado de saturar las variables con valores contextuales apropiados es la proposición que intuitivamente le asignaríamos a la oración emitida. De este modo, Stanley se diferencia de Cappelen y Lepore en que admite como *output* de una teoría de la verdad semanticista la proposición intuitivamente expresada, y no simplemente una proposición mínima, pero comparte con estos dos autores la tesis de que el contexto de uso contribuye al contenido semántico siempre bajo el control de la estructura lingüística.

El enfoque de Stanley es radical incluso para los parámetros de un semanticista, ya que exige que todas las contribuciones del contexto extralingüístico a lo dicho estén representadas explícitamente en la forma lógica. Esta exigencia elimina de entrada la

¹⁰ Ver los ensayos recogidos en Stanley 2007.

posibilidad de acudir a otros mecanismos semanticistas como las circunstancias de evaluación o los constituyentes inarticulados. En lo que resta de esta sección voy a ilustrar cómo ha sido implementada la estrategia semanticista de reanálisis en un caso concreto, el ejemplo de Travis acerca de las hojas verdes.

En su artículo “Adjectives in Context”, Z. G. Szabó sugiere que podemos acomodar dicho ejemplo dentro de un marco semanticista si postulamos dos variables libres en la forma lógica del adjetivo ‘verde’: una variable para una clase de comparación y una variable para una parte sobresaliente del objeto. Para que la oración ‘Las hojas son verdes’ exprese una proposición, los valores de ambas variables deben especificarse en cada contexto de emisión:

Hay por lo menos dos maneras en las que una manzana puede ser verde: por fuera, o por dentro. En el primer caso, puede estar madura, en el segundo no. Hay por lo menos tres maneras en las que un libro puede ser verde: teniendo una sobrecubierta verde, una cubierta verde, o páginas verdes. Y un corredor puede ser verde de muchas maneras: teniendo paredes verdes, o un techo verde, o una alfombra verde, o puertas verdes, etc.

Un objeto es verde si alguna *parte* suya contextualmente especificable (y quizá también suficientemente grande) es verde. La forma lógica de ‘verde’ es $(verde(C, P))(x)$, donde ‘C’ es una variable que representa una clase de comparación y ‘P’ es una variable que representa una parte del objeto. Pienso que el caso de las hojas de arce que han sido pintadas se ajusta a este modelo. Si uno está clasificando las hojas para una decoración, lo que importa es el color que tienen por fuera, y si uno está tratando de identificar la especie a la que pertenece el árbol, lo que importa es lo que encontremos debajo del camuflaje. Esto sugiere que la dependencia contextual que se presenta en el ejemplo de Travis es de un tipo relativamente fácil de caracterizar: es un asunto de especificar valores contextuales diferentes para la variable ‘P’. (Szabó 2001, pp. 137-138)

Como lo revela el pasaje, Szabó es partidario del enfoque de Stanley. La sensibilidad contextual de ‘Las hojas con verdes’ la explica postulando dos variables en la forma lógica de ‘verde’, que no aparecen en la estructura superficial de la oración. Szabó reconoce que su estrategia de análisis conducirá a una proliferación de variables en la forma lógica:

Uno puede preguntarse si al responder desafíos similares también tendremos que postular variables en otros elementos léxicos. Creo que tendremos que hacerlo. Considérese, por ejemplo, la oración ‘Todas las hojas son verdes’. De seguro, pueden decirse muchas cosas diferentes con esta oración, dependiendo de cuál sea el dominio de cuantificación contextualmente relevante. [...] una explicación general de las restricciones del dominio puede requerir que postulemos la presencia de una variable para los dominios dentro de la forma lógica de ‘hoja’.

Así, la estrategia de defensa de la composicionalidad que hemos seguido aquí conducirá probablemente a un léxico en el que muchas entradas, quizá la mayoría de ellas, contienen variables contextuales. El que la defensa de la composicionalidad que he ofrecido sea en última instancia convincente depende en buena medida de la plausibilidad de tal léxico. Y

esto, a su vez, depende de que podamos proveer una explicación de cómo los valores de estas variables son determinados en el contexto. (Szabó 2001, p. 138)

Si la propuesta de Szabó fuese aceptable, podríamos representar el significado literal de ‘verde’ como una función. Dicho significado literal no puede ser concebido como una propiedad en el sentido intensionalista, es decir, como una función que toma mundos posibles y los proyecta sobre los conjuntos de objetos que son verdes en tales mundos. Pero el significado literal de ‘verde’ sí puede concebirse como una función que proyecta pares conformados por partes de objetos y clases de comparación sobre propiedades en el sentido intensionalista. En la medida en que los argumentos de la función varíen, el adjetivo ‘verde’ expresará diferentes propiedades, y la oración ‘Las hojas son verdes’ expresará diferentes proposiciones. Puesto que, bajo este análisis, la estructura función/argumento se mantiene, seguimos contando con una maquinaria recursiva para fijar la proposición dicha. Una vez el contexto ha cumplido su papel saturando las variables libres, la maquinaria composicional, estructurada a partir de funciones y argumentos, determina las condiciones de verdad que la oración expresa en el contexto de uso.

Otra estrategia para acomodar el ejemplo de las hojas de arce dentro de un marco semanticista proviene del relativismo semántico. Recientemente, el relativismo hacia la verdad ha cobrado un renovado impulso entre los filósofos del lenguaje, gracias a su potencial para explicar la sensibilidad contextual de ciertas clases de oraciones¹¹. Las raíces de esta faceta semántica del relativismo se encuentran en el temporalismo de Prior y en las circunstancias de evaluación de Kaplan y Lewis. Los relativistas semánticos sostienen que hay proposiciones que no son proposiciones absolutas en el sentido de Frege. Estas proposiciones llegan a ser verdaderas o falsas sólo cuando se las evalúa con respecto a los valores que toma cierto parámetro contextual relevante. Así, según el relativista, existen proposiciones que son verdaderas o falsas sólo desde cierta perspectiva; por ejemplo, desde la perspectiva de un estándar de gusto, para el caso de los juicios estéticos (Kölbel 2003), desde la perspectiva de un código moral compartido, para el caso de los juicios morales (Kölbel 2005), desde la perspectiva de un estándar de justificación, para el caso de las atribuciones de conocimiento a un sujeto (MacFarlane 2005), o desde la perspectiva de un tiempo en el que se evalúa la verdad de la proposición, para el caso de los juicios contingentes acerca del futuro (MacFarlane 2003). El relativismo semántico permite dar cuenta de la sensibilidad contextual de una expresión sin postular variables ocultas que sólo se manifiestan en la forma lógica, y sin postular constituyentes inarticulados. El valor de verdad de una proposición puede cambiar de un contexto a otro debido a que ésta es evaluada en cada contexto con respecto a una circunstancia de evaluación diferente.

Dado el marco relativista, se ha sugerido que la oración “Las hojas son verdes”, en el ejemplo de Travis, expresa en los dos contextos de uso una única proposición, que

¹¹ Además de los textos que mencionaré enseguida, ver García-Carpintero y Kölbel 2008 y Recanati 2007.

es evaluada con respecto a dos valores diferentes de un parámetro relevante, quizá el propósito que guía la conversación. Las dos evaluaciones de esta proposición arrojan valores de verdad diferentes, la verdad en un contexto y la falsedad en el otro, pero no por ello se debe concluir, como lo hace Travis, que la oración expresa proposiciones distintas en los dos contextos. Kölbel presenta esta sugerencia del siguiente modo:

La conclusión que quieren extraer los contextualistas es que una teoría semántica formal para un lenguaje simplemente no puede especificar de manera anticipada los contenidos semánticos que expresarán las oraciones del lenguaje en todos los contextos posibles. Una forma de relativismo podría ayudarnos a evitar esta conclusión: en vez de concluir que las proposiciones que expresan las oraciones varían de maneras impredecibles de un contexto a otro, podemos decir que las proposiciones que de manera predecible son expresadas por las oraciones en los distintos contextos son evaluadas, y empleadas en la comunicación, de maneras impredecibles. La proposición que expresa la oración “Las hojas son verdes” permanece invariante en tanto estemos hablando acerca de las mismas hojas en el mismo tiempo. Sin embargo, el que la proposición cuente como verdadera, el que una aseveración de ella cuente como correcta, depende de cuál sea el propósito específico con respecto al cual estemos evaluando esa proposición. No podemos predecir de manera anticipada con qué propósitos las personas pueden aventurarse a aseverar la proposición de que esas hojas son verdes en ese tiempo. Así, nuevamente, necesitamos añadir un nuevo parámetro a las circunstancias de evaluación: las proposiciones tienen sus valores de verdad de forma relativa a pares $\langle w, p \rangle$ de un mundo posible w y un propósito p . (Kölbel 2008, p. 27)

La proposición relativista expresada por ‘Las hojas son verdes’ puede representarse como una función que proyecta tuplas de circunstancias de evaluación sobre valores de verdad. El significado relativista de ‘verde’ puede representarse como una función que proyecta tuplas de circunstancias sobre propiedades clásicas. Aquí, una vez más, la estrategia de análisis semanticista nos lleva a concebir el significado invariante de ‘verde’ como un valor semántico abstracto; no simplemente como una propiedad, una función de mundos sobre conjuntos de objetos, sino como una función que proyecta circunstancias de evaluación sobre propiedades. Y, de nuevo, la maquinaria recursiva función/argumento constitutiva de la composicionalidad permanece intacta, incluso si admitimos proposiciones relativistas.

Una tercera estrategia, que no desarrollaré en detalle, ha sido analizar ‘verde’ como un término ambiguo. En un artículo reciente, Christopher Kennedy y Louise McNally (2010) intentan afrontar el ejemplo de Travis postulando una ambigüedad en nuestro uso de la palabra ‘verde’, entre un sentido graduable y un sentido no graduable de la palabra. A raíz de esta ambigüedad, ‘es verde’ expresa dos propiedades distintas en el contexto botánico y en el contexto decorativo.

Las posturas semanticistas que hemos examinado en esta sección ejemplifican los cuatro recursos básicos con los que cuenta el semanticista para eludir los ejemplos de sus opositores. Estos cuatro recursos son: (i) la distinción entre lo comunicado y la proposición semánticamente expresada, (ii) la resolución de ambigüedades, (iii) la saturación de variables y otros elementos insaturados presentes en la forma lógica –o

en la estructura de la proposición expresada– y (iv) la provisión de circunstancias de evaluación. Ilustré cómo (i)-(iv) pueden invocarse para evadir el ejemplo de Travis. Cappelen y Lepore niegan que ‘verde’ tenga algún tipo de sensibilidad contextual, si bien reconocen que la oración ‘Las hojas son verdes’ puede decir cosas diferentes en los dos escenarios de Travis. Pero, en virtud del pluralismo de los actos de habla, este último hecho es compatible con que haya en los dos escenarios una sola proposición semánticamente expresada. Kennedy y McNally, por su parte, le atribuyen a ‘verde’ una forma modesta de dependencia contextual, aquella propia de las expresiones que son ambiguas. Finalmente, Szabó y Kölbel le adjudican a este adjetivo formas más elaboradas de dependencia contextual, de los tipos (iii) y (iv) respectivamente. Lo hacen postulando valores semánticos abstractos que al ser complementados por los valores de ciertos parámetros contextuales arrojan composicionalmente los valores de verdad y las proposiciones expresadas. Bajo cualquiera de las cuatro estrategias, la semántica de la oración emitida gobierna la especificación y evaluación del contenido proposicional.

2.2 Contextualismo y composicionalidad

Antes de pasar de nuevo al contextualismo, quiero hacer una precisión acerca del uso que le doy a las expresiones ‘proposición’ y ‘contenido proposicional’. Empleo estos términos porque son moneda corriente en la literatura sobre sensibilidad contextual. Oficialmente, llamo *contenidos proposicionales* –o a veces *contenidos* a secas– a las proposiciones y a los constituyentes de las proposiciones. Si el lector lo desea, puede tomar como metafóricos mis usos de ‘proposición’ y ‘constituyente proposicional’. Cuando hablo acerca de *proposiciones* y *contenidos proposicionales* mi intención principal es referirme a las condiciones de verdad que el hablante expresa al usar una oración y a las contribuciones semánticas que hacen las expresiones suboracionales. El contenido proposicional de una expresión suboracional es un valor semántico. Es decir, es la contribución concreta que hace esa expresión a las condiciones de verdad; por ejemplo, aportar un referente, para el caso de un término singular, o para el caso de un predicado de una variable, especificar un conjunto, una propiedad, o quizá una función que proyecta objetos sobre valores de verdad, dependiendo del marco que se prefiera. Los valores semánticos abstractos del tipo que discutimos en la sección 2.1 no son contenidos proposicionales en mi sentido, porque no son constituyentes de la proposición expresada. No son, por ejemplo, propiedades ni conjuntos, son funciones abstractas que arrojan estos constituyentes proposicionales cuando ya se han fijado contextualmente los valores de ciertos parámetros.

El marco contextualista de Recanati nos ofrece una manera elegante de unificar los diferentes enfoques contextualistas. A través de la noción de modulación, podemos analizar como instancias de un mismo fenómeno las diversas formas de sensibilidad contextual abordadas en la literatura contextualista. Como observamos en el primer

capítulo, el enriquecimiento, el empobrecimiento y la transferencia, que han sido objeto de estudio de los teóricos de la relevancia, son procesos cognitivos pragmáticos en los que el significado literal de una expresión es modulado sobre un contenido más rico, más pobre, o relacionado apropiadamente con ese significado literal. También las formas radicales de sensibilidad contextual que exploran Searle y Travis pueden concebirse como casos de modulación. Cuando nos enfrentamos a emisiones de ‘Las hojas son verdes’, ‘Ve a cortar el pasto’ o ‘El gato está sobre la alfombra’, modulamos los significados de las palabras para encontrar las maneras de estar sobre la alfombra, de cortar el pasto, o de ser verde, que mejor se ajustan al contexto conversacional.

Recientemente, Peter Pagin y F. J. Pelletier (2007) han defendido una forma moderada de contextualismo que pretende darle cabida a una teoría sistemática y composicional de los contenidos de los actos de habla. El enfoque de Pagin y Pelletier combina una teoría semanticista tradicional con operaciones de modulación que se aplican a los *outputs* de esta teoría. El contenido de una expresión compleja se deriva en dos estadios. Primero, una función semanticista μ' le asigna composicionalmente a la expresión compleja e , en el contexto de emisión c , una estructura conceptual, que es una tupla constituida por las interpretaciones semánticas $\mu'(t_1, c), \dots, \mu'(t_n, c)$ que μ' le asigna a los constituyentes t_1, \dots, t_n de e en c y por una función de composición $\rho(\sigma)$ que computa la interpretación de e a partir de $\mu'(t_1, c), \dots, \mu'(t_n, c)$ y de la operación sintáctica σ que gobierna a e . Posteriormente, la estructura conceptual y todos sus elementos $\mu'(t_1, c), \dots, \mu'(t_n, c)$ son modulados mediante operaciones de modulación. Estas operaciones pueden ser nulas, es decir, pueden proyectar al valor de la función μ' sobre sí mismo, pero en los casos interesantes la modulación transforma ese valor en un contenido diferente. Así, en nuestro ejemplo (14), la operación de modulación *comprador de* se aplica al emparejado de jamón y lo proyecta sobre su comprador.

El modelo de Pagin y Pelletier patrocina una actitud conciliadora hacia el debate contextualismo/semanticismo. La teoría de interpretación semanticista arroja como *output* una estructura conceptual que es el *input* de la modulación. De este modo, si bien la teoría semanticista no determina por sí sola lo que es dicho, su arquitectura composicional cumple un papel central en la construcción de la proposición dicha. Influenciado por esta propuesta, Recanati (2009) ha defendido también una versión contextualista del principio de composicionalidad, que difiere del modelo de Pagin y Pelletier tan sólo en los detalles. Creo que el ecumenismo que pretende alcanzar este modelo adolece de un serio problema, que expondré a continuación.

En *Literal Meaning*, Recanati explora varias modalidades de contextualismo, unas más radicales que otras, pero se abstiene de zanjar definitivamente la cuestión sobre cuál de ellas es preferible. Una versión moderada que tiene un papel importante a lo largo del libro es aquella que caracteriza los significados literales como contenidos proposicionales, dejándole a la modulación la tarea de transformar estos contenidos

literales en contenidos proposicionales modulados¹². Esta versión del contextualismo es la que Pagin y Pelletier incorporan en su modelo. Los valores de la función μ' son contenidos proposicionales, valores semánticos literales que la teoría semanticista les asigna a las expresiones lingüísticas. Ahora bien, como expliqué en el primer capítulo, la modulación es un elemento capital en el marco de Recanati porque alrededor de ella se articula la crítica a las proposiciones mínimas. Puesto que la modulación y la saturación son interdependientes y operan desde el nivel suboracional, no hay en la comunicación humana proposiciones que se construyan sin pasar por el filtro de la modulación. Las proposiciones mínimas que da una teoría de la verdad semanticista no tienen ningún rol en la comunicación. Dado este trasfondo, uno puede preguntar por qué el contextualista moderado continúa postulando contenidos proposicionales mínimos, ya no para las oraciones, pero sí para las expresiones suboracionales. La actitud más consecuente con el espíritu del contextualismo, sugiero yo, es negar que el significado literal de una expresión suboracional sea un contenido proposicional.

El teórico contextualista está fuertemente comprometido con la idea de que una oración puede usarse en contextos diferentes para expresar proposiciones distintas, incluso si se mantienen fijos de un contexto a otro los referentes de los deícticos, las desambiguaciones y los demás factores de dependencia contextual que tienen cabida en los marcos semanticistas estándar. Los contextualistas más radicales han visto en este fenómeno una motivación para negar que alguna proposición pueda contar como *la* proposición literal que expresa una oración con independencia del contexto de uso particular. El desafío que el contextualista radical le plantea a los minimalistas, como Cappelen y Lepore, es que si hubiera una proposición mínima asociada a la oración, que constituya su significado literal, debería ser posible decidir de qué proposición se trata. Pero cualquier elección que hagamos será arbitraria, y no estará guiada tan sólo por nuestro conocimiento del significado de la oración. Travis enfatiza este punto en su discusión sobre 'Las hojas son verdes'. Si en los dos escenarios, el decorativo y el botánico, esta oración expresa una proposición mínima común, esta proposición debe ser verdadera o debe ser falsa. Pero, comenta Travis:

O bien la semántica estipulada hace que (1) ['Las hojas son verdes'] sea verdadera acerca de las hojas pintadas, o bien hace que (1) sea falsa acerca de ellas, *punto*. Si uno de estos disyuntos es correcto, las apariencias de lo contrario podrían explicarse de varias maneras. La primera tarea, sin embargo, es elegir. [...]

Lo que sabemos acerca de lo que significan las palabras no resolverá este problema de elección. Nada que sepamos acerca de lo que '(es) verde' significa responde esta cuestión: Si un objeto está pintado de verde, ¿debe su color contar como aquel color que tendría sin la pintura, o más bien como el color que ha obtenido al ser pintado? (Travis 1997, p. 90)

¹² En la taxonomía de Recanati (ver 2004, capítulo 9 y 2005, pp. 180-192) esta versión moderada del contextualismo corresponde a las posturas que él denomina (SO) [Strong Optionality view] y (PC) [Pragmatic Composition view]. El contextualismo radical que presentaré enseguida corresponde a las otras dos posturas de la taxonomía, (WF) [Wrong Format view] y (ME) [Meaning Eliminativism].

Lo que quiero destacar es que el punto de Travis se aplica también a los contenidos semánticos suboracionales. Si, como cree el contextualista moderado, el significado literal de ‘es verde’ es un contenido proposicional, ese contenido debe ser un valor semántico concreto; por ejemplo, un conjunto constituido por todos y sólo los objetos verdes, o quizá una propiedad específica, la propiedad *ser verde*, representable como una intensión carnapiana que a cada mundo posible le asigna la clase de los objetos que son verdes en ese mundo. Pero, ¿de qué propiedad –o conjunto– se trata? ¿Son las hojas del árbol de Pia muestras de esa propiedad? Si la respuesta es afirmativa, le estaríamos dando un estatus privilegiado a lectura de ‘es verde’ en la que unas hojas pintadas cuentan como verdes. Si la respuesta es negativa, le estaríamos dando un estatus privilegiado a la lectura de ‘es verde’ en la que unas hojas pintadas no cuentan como verdes por el hecho de haber sido pintadas de ese color. Por supuesto, sabemos cuál es el significado modulado que expresa ‘es verde’ en cada uno de los escenarios. En el primer escenario, las hojas pintadas satisfacen este predicado, mientras que en el segundo escenario esas mismas hojas no lo satisfacen. ¿Pero qué hay del contenido literal del predicado? ¿Las hojas de Pia satisfacen el predicado ‘es verde’ a la luz de ese contenido literal? No hay ninguna manera de responder esta clase de preguntas que no sea arbitraria. Fuera de contexto, el contenido proposicional de ‘es verde’ está indeterminado. La estrategia del contextualista moderado no consiste en asignarle a este predicado valores semánticos abstractos, del tipo que consideramos al discutir las propuestas de Szabó y Kölbel sobre el ejemplo de Travis. Si ésa fuera su estrategia, caería en las fauces del semanticismo. Lo que asume el contextualista moderado es que el significado invariante de ‘es verde’ es un contenido proposicional concreto, que puede ser modulado sobre otro contenido si el contexto así lo requiere. Sin embargo, esta suposición carece de una base sólida. No hay ninguna forma aceptable de decidir cuál es el contenido literal en cuestión. No hay ningún hecho decisorio.

El argumento se extiende a los diferentes tipos de ejemplos que los contextualistas radicales han introducido para ilustrar la dependencia contextual del lenguaje. Estos ejemplos tienen una naturaleza diferente a los ejemplos que usualmente emplean los contextualistas moderados, como (1)-(14)¹³. En los ejemplos que usa el contextualista radical, lo que típicamente entra en juego es nuestra comprensión básica de en qué circunstancias se aplica correctamente una expresión lingüística –o, si se quiere, un concepto–. En qué situaciones, por ejemplo, se puede predicar de un gato que está sobre una alfombra, qué tipo de acciones cuentan como cortar el pasto, o qué objetos cuentan como siendo de color verde. No se trata de casos en los que un contenido semántico es proyectado sobre otro contenido, sino más bien de casos en los que varían los criterios de correcta aplicación del significado de una expresión. La tesis del contextualista radical es que nuestra comprensión de los conceptos involucrados

¹³ No estoy sugiriendo que los autores de ejemplos del tipo (1)-(14) sean claramente clasificables como contextualistas moderados. Sperber y Wilson (1986, capítulo 4), Carston (2002, capítulo 5) y Recanati (ver la nota anterior) ocasionalmente exploran las versiones radicales del contextualismo.

es sensible al contexto. En diferentes contextos, comprendemos de manera distinta las condiciones de aplicación del concepto. No cabe postular un contenido semántico invariante que una expresión exprese en todos los contextos. Y para convencernos de ello podemos tomar uno cualquiera de los ejemplos y observar que no hay una base para decidir cuál es ese contenido invariante. En contextos normales, interpretamos 'Ve a cortar el pasto' como una solicitud de podar el pasto. Pero, como observa Searle, ante un trasfondo distinto interpretaremos la emisión de 'Ve a cortar el pasto' como una solicitud de desprender un pedazo del terreno donde está el pasto de una manera similar a como cortamos el pastel. ¿Cuál de estos dos modos de entender la palabra 'cortar' es el que está codificado en el significado literal de esa palabra? Nuevamente, no hay respuesta.

Seguiré usando el término 'modulación' para aludir a la manera como ajustamos en contexto nuestra comprensión de una expresión lingüística. De este modo, la crítica al contextualismo moderado que he presentado en esta sección puede conjugarse en una sola frase: no hay contenidos proposicionales inmodulados.

3. Creatividad y formalidad

En el capítulo 2, la crítica al contextualismo moderado nos condujo a revisar la visión tradicional sobre la relación que hay entre los significados literales y los contenidos proposicionales. En su lugar, obtuvimos un nuevo panorama en el que los contenidos modulados de las expresiones, oracionales y suboracionales, están siempre ligados al contexto y no hay contenidos literales que sean los *inputs* de la modulación. En la sección 3.1 voy a argumentar que este panorama adquiere sentido a la luz de un rasgo del lenguaje cuya importancia han enfatizado los filósofos contextualistas. Ese rasgo es la creatividad de la modulación. En la sección 3.2, mostraré que el principio de composicionalidad tiene cabida en el marco del contextualismo radical y sugeriré que las teorías semanticistas tienen aún un papel que jugar a través de la noción de formalidad. La moraleja del capítulo será que el contextualismo radical nos ofrece un panorama prometedor y que este tipo de contextualismo no le cierra las puertas a la composicionalidad de los contenidos proposicionales.

3.1 La creatividad de la modulación

En el capítulo 9 de *Literal Meaning*, Recanati propone una taxonomía de las posturas contextualistas (ver nota 12). A la postura más radical incluida en su taxonomía la denomina *eliminativismo*. El eliminativismo es una forma de contextualismo radical que llega hasta el extremo de suprimir los significados literales. De acuerdo con esta postura, que Recanati le atribuye a Austin y Wittgenstein, la modulación no necesita partir de los significados literales asociados a las palabras. La base de la modulación son las situaciones contextuales en las que el hablante ha aprendido a usar la palabra. No se debe postular un presunto estadio del aprendizaje en el que el hablante abstraer a partir de esas situaciones un significado literal. Pero, incluso si el eliminativista de Recanati tiene razón en que ninguna abstracción de esta clase está involucrada en la modulación, pienso que hay una manera simple preservar el concepto de significado literal. En el marco de la tradición neofregeana ha prosperado la idea de que nuestro conocimiento del significado es caracterizable en términos de habilidades. Dummett (1993) ha dicho que nuestro conocimiento de un lenguaje debe concebirse como una habilidad práctica. Evans (1982) introdujo la noción de contenido no conceptual en términos de habilidades de localización y rastreo.

En el mismo espíritu, podemos concebir el significado invariante de una expresión como una habilidad: como la habilidad de modular en cada contexto conversacional nuestra comprensión de esa expresión. Un hablante que es competente en el uso de una palabra –que comprende su significado– es alguien que tiene la habilidad de construir contenidos proposicionales que constituyen formas apropiadas de entender la palabra en el contexto. Un hablante que es competente en el uso de un lenguaje es

alguien que es capaz de ejercer sistemáticamente esta habilidad, alguien que puede comunicarse exitosamente con otros hablantes modulando sus palabras de tal modo que éstas sean el vehículo de contenidos proposicionales que tengan sentido a la luz del contexto de emisión. Podemos caracterizar entonces el significado literal como la habilidad pragmática de modular. Conocer el significado invariante de una expresión –su significado literal– consiste precisamente en tener esta habilidad.

La principal ventaja que tiene esta forma de concebir los significados literales es que nos permite alejarnos de una concepción estática del significado lingüístico. La habilidad de modular es por naturaleza una habilidad creativa. Ser competente en el uso de una expresión no consiste en conocer una condición abstracta de aplicación de esa expresión, ni consiste en conocer de antemano un grupo de contenidos asociados a la expresión. Un rasgo que caracteriza al hablante competente es su capacidad de crear nuevos modos de entender una expresión ante nuevas circunstancias. Recanati expresa el punto con una claridad notable:

Puesto que la modulación tiene un impacto sobre las condiciones de verdad, no puede ser relegada a la periferia ‘postsemántica’. Pero hay otra manera de negarle a la modulación relevancia semántica: podemos relegarla al limbo ‘presemántico’ al interpretarla como una forma de desambiguación. La palabra ‘obtener’, podría sostenerse, tiene varios sentidos, uno de los cuales debe seleccionarse contextualmente en cada uso particular de la palabra. Puesto que la desambiguación no es un proceso semántico, sino un proceso pragmático, no hay razón para que la modulación (una forma de desambiguación) deba tener interés para la semántica.

Al igual que la estrategia de relegación postsemántica, esta estrategia falla. Para que se dé el tipo de desambiguación que sustentaría la relegación a la presemántica, debe ser posible dar, de alguna manera, una lista preestablecida de sentidos discretos para ‘obtener’, a partir de la cual pueda seleccionarse el sentido contextualmente relevante. Pero, como Herb Clark y muchos otros después de él han enfatizado, los sentidos modulados resultan de un proceso de ‘generación’ o ‘creación’, y no de selección. La diferencia fundamental entre la generación y la selección de sentidos es que la generación es productiva: pueden generarse nuevos sentidos, de una manera creativa. Como resultado, las palabras pueden adquirir una variedad indefinida de sentidos posibles. (Recanati 2004, p. 134)

La creatividad inherente a la modulación es, como señala Recanati, una forma de productividad. En la filosofía analítica y la lingüística hay una noción bien conocida de productividad, llamada a veces ‘generatividad’ o ‘creatividad’. En este sentido, la productividad es una capacidad generativa de crear nuevos pensamientos a partir de las reglas sintácticas del lenguaje y de los significados de las expresiones atómicas. Ésta es la idea de productividad que pusieron en boga autores como Chomsky (1965 y 1966), Fodor y Pylyshyn (1987 y 1988). Pero no es la noción de productividad a la que alude Recanati en el pasaje. La productividad de la modulación se presenta incluso en el nivel de las expresiones atómicas. La habilidad de modular es productiva porque la recreación de los conceptos es un horizonte abierto. Siempre tenemos la posibilidad

de desarrollar una nueva manera de entender un concepto. Travis también resalta la diferencia entre las dos formas de productividad.

La sintaxis de un lenguaje natural es productiva. A partir de un vocabulario relativamente pequeño, genera un vasto acervo de oraciones –para cada lista de ellas, una nueva–. Hay una estructura semántica correspondiente en el lenguaje. Dejando los modismos de lado, una expresión completa tiene un significado que es predecible a partir de los significados de sus partes. Así tenemos, con un lenguaje dado, un acervo (casi) indefinidamente amplio de vehículos para expresar un pensamiento. Cada vehículo tiene un significado definido, predecible a partir de sus partes, que hace a ese vehículo una descripción de una manera dada en que son las cosas. Pero estamos perdiendo algo si vemos esto como el fundamento *completo* de nuestra habilidad para expresar nuevos pensamientos.

(Travis 1998, pp. 134-135)

En las líneas siguientes Travis introduce un par de sus ejemplos usuales, en los que desarrollamos dos maneras de entender la aplicación de un predicado a un objeto. Menciona el ejemplo del predicado ‘es azul’ aplicado a una muestra de tinta que se ve negra en su forma líquida pero que escribe azul. Bajo maneras diferentes de entender el predicado, la tinta puede contar o puede no contar como azul. Con frecuencia, los ejemplos que usan los contextualistas ilustran el fenómeno de la creatividad. Siempre tenemos la posibilidad de desarrollar nuevas formas de entender qué actos cuentan como abrir una puerta y como cortar el pasto, o qué tipos de estados de cosas cuentan como ser de color verde o como estar sobre una alfombra. Con respecto a este último caso, Searle nos da una buena ilustración de la creatividad. Searle se pregunta en qué situaciones es verdadera la oración ‘El gato está sobre alfombra’. Para representar el tipo de situación, hace un dibujo de un gato que está sobre una alfombra, y considera enseguida una situación inusual en la que se ve alterado el trasfondo asociado a esa oración.

Pero ahora supongamos que el gato y la alfombra están exactamente en las relaciones representadas, sólo que están flotando libremente en el espacio exterior, quizá fuera de la Vía Láctea. [...] Lo que en mi opinión es correcto decir, como una primera aproximación, al responder estas preguntas es que la noción del significado literal de la oración “El gato está sobre la alfombra” no tiene una aplicación clara, a menos que hagamos algunas suposiciones adicionales, en el caso de gatos y alfombras flotando libremente en el espacio exterior; y aunque nuestro dibujo no representó el campo gravitacional de la Tierra, el significado literal, como la oración, sólo tiene aplicación de manera relativa a un trasfondo de suposiciones.

En esta situación inusual la oración no tiene una aplicación clara, no podemos decidir de antemano si una emisión de ‘El gato está sobre la alfombra’ expresa una verdad o una falsedad con respecto a ese gato y esa alfombra que están flotando en el espacio de modo tal que la alfombra se encuentra a los pies del gato. Pero nada nos impide crear una nueva manera de entender el predicado ‘está sobre la alfombra’ bajo la cual es verdad que el gato que flota en el espacio está sobre la alfombra en cuestión.

[...] no siempre es el caso que la aplicación literal de la oración requiera un campo gravitacional. Es decir, resulta fácil construir ejemplos donde sería literalmente verdadero decir que el gato está sobre la alfombra, aun cuando no hay un campo gravitacional. Por ejemplo, mientras estamos sujetos a los asientos de nuestra nave espacial, vemos a través de la ventana una serie de pares de gatos y alfombras flotando. Extrañamente, los pares vienen sólo en dos disposiciones. Desde nuestro punto de vista ellos aparecen o bien como están representados en el dibujo, o bien como estarían representados si el dibujo estuviera boca abajo. “¿Y ahora qué?”, yo pregunto. Usted responde “El gato está sobre la alfombra”. ¿No ha dicho usted exacta y literalmente lo que quiere decir? (Searle 1978, pp. 122-123)

Aunque el ejemplo de Searle apela a una situación algo extrema, dicho ejemplo nos permite apreciar la creatividad de la modulación. Ante la presencia de una nueva situación, somos capaces de desarrollar un nuevo modo de entender lo que significa el predicado ‘está sobre la alfombra’. Carston (1988, sec. 3) nos ofrece ejemplos más cotidianos de modulación al comparar las oraciones (5a), (6a) y (23a)-(25a).

(5a) ‘Ella le dio a su esposo la llave y él abrió la puerta’

(5b) Ella le dio a su esposo la llave y *después* él abrió la puerta *usando la llave*

(6a) ‘El señor Pérez fue insultado y va a renunciar’

(6b) El señor Pérez fue insultado *y como consecuencia* va a renunciar

(23a) ‘María estaba en la cocina y escuchaba la radio’

(23b) María estaba en la cocina *y simultáneamente* escuchaba la radio

(24a) ‘Él se quedó dormido y soñó que estaba volando’

(24b) Él se quedó dormido *y mientras dormía* soñó que estaba volando

(25a) ‘Investigamos el problema y fue más complejo de lo que esperábamos’

(25b) Investigamos el problema *y como resultado vimos que es* más complejo de lo que esperábamos

Al interpretar estas oraciones, modulamos el contenido de la palabra ‘y’ de maneras sutilmente diferentes: como una sucesión temporal en (5a), como un vínculo causal y motivacional en (6a), como una relación de simultaneidad en (23a), como una suerte de contención temporal en (24a), y en (25a) como un vínculo acción/resultado que no es ni causal ni motivacional. Otra manifestación interesante de la creatividad se da cuando ocurren revoluciones científicas. La llegada de las geometrías no euclidianas trajo consigo la necesidad de recrear el significado de términos como ‘espacio’ o ‘línea recta’. El resultado de este proceso no fue la estipulación de un nuevo significado para esos términos, sino la adición de nuevos elementos a un continuo de interpretaciones. La creatividad también está presente en construcciones usualmente analizadas como

casos de saturación. Para interpretar la ocurrencia de una expresión de la forma ‘el x de y ’, el contexto debe darnos una relación particular que conecte a x y y . Pero el conjunto de las relaciones posibles nunca está limitado, siempre podemos crear nuevas maneras de relacionar a x y y según el contexto. Así, ‘el libro de Juan’ puede emplearse para hacer referencia a objetos diferentes al libro que escribió Juan, o al libro que le pertenece a Juan. Si bien éstos son los contenidos que modulamos con más naturalidad, y a veces de manera automática, en contextos especiales podemos usar la expresión para hacer referencia al libro que pescó Juan, al libro en el que aparece una fotografía de Juan, o al libro que le es asignado a Juan en una biyección arbitraria entre libros y personas.

En el capítulo 2 resalté que los contextualistas moderados toman como ejemplos paradigmáticos de modulación aquellos casos en los que un contenido proposicional es proyectado sobre otro contenido, como sucede con el ejemplo del emparedado de jamón. Mencioné también que los contextualistas radicales han centrado su atención en casos donde son puestos a prueba los aspectos básicos de nuestra comprensión de determinados conceptos. El fenómeno de la creatividad, tal como lo he presentado, se manifiesta en los casos del segundo tipo, y no sólo en los casos del primer tipo. El ejemplo de Travis acerca de la tinta azul, el ejemplo de Searle acerca del gato y la alfombra y el ejemplo de las geometrías no euclidianas constituyen casos en los que se pone a prueba nuestra comprensión de los conceptos involucrados. En este tipo de casos, resulta poco atractivo el panorama que propone el contextualista moderado, en el que hay contenidos proposicionales literales asociados a las distintas expresiones suboracionales. Cuando recreamos la comprensión de lo que una expresión significa, no estamos tomando un significado literal asociado a la expresión y proyectándolo sobre un contenido distinto. Más bien, estamos creando una nueva manera de aplicar ese significado literal, una nueva manera de evaluar cuándo se aplica correctamente la expresión, dada la comprensión que tenemos de ella. El fenómeno de la creatividad parece hablar entonces a favor del contextualismo radical. Este resultado ratifica la conclusión que obtuvimos en la sección 2.2.

Para concluir esta sección, quiero consignar una sospecha que me queda sobre la creatividad y la dialéctica del debate semanticismo/contextualismo. En la sección 2.1 observamos que algunos semanticistas han reaccionado ante el ejemplo de las hojas verdes de Travis postulando una serie de parámetros mediante los cuales es posible dar cuenta del ejemplo sin ir más allá de los recursos semanticistas habituales. Ésta es la estrategia de defensa que aplican las versiones más refinadas del semanticismo. En “Pragmatics”, el artículo donde aparece formulado el ejemplo de las hojas de arce, hay una sección titulada ‘Domesticaciones’, y allí Travis considera la sugerencia de que los significados de las palabras sí determinan los contenidos proposicionales, pero no de forma directa, sino como una función de ciertos factores o parámetros contextuales (Travis 1997, pp. 113-117). Contra lo que cabría esperar, Travis reconoce que no cuenta con un argumento decisivo para descartar esta estrategia de análisis

semanticista, aunque sugiere que tal argumento podría estar latente en la discusión de Wittgenstein acerca del seguimiento de reglas.

Mi sospecha es que el carácter creativo de la modulación podría ser una buena base para construir la réplica al semanticista que Travis confiesa no tener a la mano. Supongamos que un semanticista comprometido con su causa ha aislado todos los parámetros contextuales que han regulado nuestro uso de una expresión lingüística. Quizá, una consecuencia de la creatividad es que los usuarios competentes tenemos la capacidad de desarrollar usos de la expresión que dependen de nuevos parámetros no incluidos en la lista del semanticista. Al menos, esta sugerencia parece plausible en los casos concretos que hemos examinado en relación con el ejemplo de Travis. ¿Es claro que todas las formas de comprender ‘verde’ que podamos desarrollar variarán tan sólo en relación con las partes del objeto seleccionadas, como sugiere Szabó? Un contextualista ingenioso podría describir una situación inusual en donde éste no sea el único parámetro relevante. ¿Es también claro que el propósito de la conversación es el único parámetro sobre el que se pueden construir ejemplos análogos a los de Travis? La apuesta del contextualista es que una respuesta afirmativa resulta poco probable. El hecho de que podamos crear nuevos usos de una palabra que dependan de parámetros diferentes a los parámetros previamente aceptados no necesariamente implica que la palabra haya cambiado de significado. Sin embargo, el semanticista está obligado a concluir que en efecto así ha ocurrido. Si esta línea de argumentación es prometedora, el contextualista radical tiene a la mano un arma para desvirtuar los análisis alternativos de una oración que propone el semanticista.

3.2 La composicionalidad contextualista

Retomemos ahora el tema de la composicionalidad. ¿Debe negar el contextualista que las condiciones de verdad que un hablante expresa cuando emite una oración están determinadas por los significados de las partes de esa oración y la manera como éstas aparecen combinadas? En las líneas finales de un pasaje que cité en el capítulo 1 Searle describe de una manera concisa la dificultad.

Pero es difícil ver cómo podemos mantener estos dos axiomas y dar cuenta a la vez de los hechos [observados acerca de las oraciones que contienen el verbo ‘cortar’], pues en esas oraciones uno y el mismo contenido semántico, expresado por la palabra ‘cortar’, ocurre en cada oración; y, sin embargo, este contenido parece hacer en cada caso una contribución diferente a las condiciones de verdad de la oración. Tampoco parece haber alguna manera obvia de evitar esta inconsistencia apelando a las diversas distinciones que hacen parte de la teoría semántica y pragmática contemporánea.
(Searle 1980, p. 223)

La perplejidad radica en que ‘cortar’ parece hacer contribuciones semánticas distintas en oraciones como ‘Juan cortó el pasto’ y ‘Juan cortó el pastel’, y a pesar de ello nos sentimos inclinados a pensar que hay un contenido semántico que comparten las dos

ocurrencias del verbo. La palabra ‘cortar’ no es ambigua en esas oraciones. Pero hay una estrategia simple para disolver la perplejidad (ver Recanati 2009). Necesitamos separar el significado invariante de una expresión lingüística del significado ocasional que ésta recibe en un contexto específico. El significado invariante, a veces llamado ‘significado literal’, es el significado común que hace unívoca a la expresión a través de diferentes contextos de uso, mientras que el significado ocasional es el contenido proposicional, es la contribución que la expresión hace a las condiciones de verdad y satisfacción expresadas en un contexto específico. Una expresión con un significado invariante puede tener significados ocasionales distintos en contextos diferentes.

La distinción entre el significado invariante y el significado ocasional se asemeja a la distinción de Kaplan entre el carácter y el contenido. En particular, los significados ocasionales son los contenidos kaplanianos. Son los constituyentes proposicionales que la expresión lingüística aporta en el contexto. Pero los significados invariantes no son caracteres kaplanianos. El significado invariante que se asocia a una palabra en distintos contextos podría no ser representable como un función que va de contextos a contenidos kaplanianos. Bajo la concepción del significado literal que he propuesto en este capítulo, un significado invariante es una habilidad de modulación.

Los ejemplos de Searle y Travis, en mi opinión, revelan que la proposición dicha no es determinada por los significados léxicos y la estructura sintáctica de la oración. Sin embargo, cabe la posibilidad de que los significados ocasionales y la estructura sean suficientes para determinar la proposición. En los dos escenarios de Travis, ‘verde’ preserva el mismo significado literal, pero en cada escenario el predicado ‘es verde’ tiene condiciones de satisfacción distintas. En el primer escenario, unas hojas de arce pintadas satisfacen el predicado, caen bajo su extensión. En el segundo escenario, las mismas hojas no satisfacen dicho predicado, porque las condiciones de satisfacción asociadas a él excluyen a las hojas pintadas artificialmente. Si el significado ocasional del predicado ‘es verde’ está dado por las condiciones de satisfacción relevantes en el respectivo escenario, las condiciones de verdad de la oración estarán determinadas por ese significado ocasional en conjunción con el significado ocasional de ‘las hojas’. Las condiciones de verdad expresadas son diferentes en los dos escenarios porque los significados ocasionales del predicado también son diferentes. Del mismo modo, las condiciones de verdad expresadas en ‘Juan cortó el pasto’ y ‘Juan cortó el pastel’ son diferentes porque ‘cortó’ tiene significados ocasionales diferentes. En el primer caso Juan satisface el predicado ‘cortó el pasto’ si lo pudo, y en el segundo caso satisface el predicado ‘cortó el pastel’ si lo rebanó en tajadas. Entender el significado ocasional de ‘cortar’ equivale a saber cuál es la manera de cortar que es relevante en el contexto y entender el significado ocasional de ‘verde’ equivale a saber cuál es la manera de ser verde que es relevante en el contexto.

Por tanto, si distinguimos el significado invariante y el significado ocasional, los ejemplos de los contextualistas ya no se nos presentan como una amenaza para la

composicionalidad de las condiciones de verdad. El contextualismo es compatible con la siguiente formulación del principio de composicionalidad.

Composicionalidad contextualista: El contenido de una expresión sintácticamente compleja –a excepción de los modismos– está determinado por los contenidos de sus constituyentes y su estructura sintáctica –o lógica–.

Los contenidos a los que se alude en esta formulación contextualista del principio son los significados ocasionales que se obtienen en el contexto de uso como resultado de la modulación y la saturación. Los contenidos modulados y saturados, en conjunción con la estructura lingüística son suficientes para determinar la proposición dicha. Así, la versión del contextualismo radical que he esbozado en el presente capítulo, y que está inspirada en la noción de modulación de Recanati, es compatible con la idea de que los contenidos proposicionales de los actos de habla son composicionales. Como último punto, me gustaría considerar muy brevemente qué consecuencias tiene esta versión del contextualismo para la semántica formal.

Puesto que para el contextualista radical las expresiones simples no tienen valores semánticos independientes del contexto, una consecuencia del contextualismo radical es que no es posible aplicar una teoría de la verdad tipo Tarski a un lenguaje natural. Estas teorías requieren que se defina recursivamente una relación de satisfacción que conecte las oraciones abiertas y cerradas del lenguaje con los objetos del dominio de cuantificación. Dicha definición recursiva se construye enunciando las condiciones de satisfacción de las expresiones primitivas y las condiciones de satisfacción que cada tipo de expresión sintácticamente compleja hereda de las condiciones de satisfacción de sus partes (Tarski 1933). Pero, de acuerdo con el contextualista radical, relaciones semánticas tales como la satisfacción no pueden estar prefijadas con independencia del contexto. En diferentes contextos, las expresiones tienen asociadas condiciones de satisfacción distintas. Luego no es posible aplicarle a un lenguaje natural una teoría de la verdad estándar. ¿Debemos entonces declarar a la semántica formal como una empresa inviable? Antes de hacerlo, consideremos cuál fue la motivación detrás de la idea de que una teoría composicional del significado para un lenguaje ha de tomar la forma de una teoría de la verdad.

Ningún semanticista contribuyó a hacer explícito el rol de la composicionalidad en la justificación del programa semanticista más que Davidson en su influyente ensayo “Truth and Meaning”. Si contáramos con una definición recursiva del predicado de verdad para un lenguaje, sostuvo Davidson, comprenderíamos cómo los significados de las oraciones de ese lenguaje dependen de los significados de las palabras. ¿Pero por qué una teoría de la verdad es un instrumento propicio para develar la estructura composicional de un lenguaje? La principal virtud de una teoría de este tipo yace en su capacidad de explotar las formas lógicas de las oraciones con el fin de derivar sus condiciones de verdad a partir de las interpretaciones semánticas de las expresiones

primitivas. Fue este rasgo de las teorías de la verdad estilo Tarski el que cautivó a Davidson. No es sorprendente que el estudio de la forma lógica en el lenguaje natural haya desempeñado un papel crucial en el desarrollo del programa davidsoniano¹⁴, y en el desarrollo de la semántica formal en general.

Bajo esta lectura del programa de Davidson, la noción capital que le da sentido al programa es la noción de formalidad. Quiero sugerir que la semántica formal es una empresa viable siempre y cuando tomemos en serio la presencia del adjetivo ‘formal’ en la etiqueta ‘semántica formal’. Aun si las expresiones suboracionales sólo tienen contenidos proposicionales en contextos pragmáticos, es posible estudiar la manera en que esos contenidos se combinan para dar lugar a la proposición dicha. De hecho, el principio de composicionalidad contextualista presupone que hay mecanismos por medio de los cuales los contenidos proposicionales que resultan de la modulación y la saturación determinan las proposiciones expresadas. Para abordar el estudio de estos mecanismos, no necesitamos mucho más que las formas de las oraciones, porque las formas lógicas nos relevan cuáles son los tipos de contribuciones semánticas que corresponden a las diferentes categorías de expresiones que aparecen en una oración emitida¹⁵. Aunque no podemos anticipar de antemano qué contribución específica hará una expresión, pues los contenidos proposicionales siempre son sensibles al contexto, sí podemos saber qué tipo de contribución hará la expresión, es decir, cuál es el tipo de valor semántico asociado a la categoría semántica a la que pertenece la expresión en cuestión. Entender cuáles son los tipos de valores semánticos asociados a las diversas categorías de expresiones lingüísticas ha sido siempre una tarea central de la semántica formal. Llevar a cabo esa tarea es un paso necesario para entender cómo es posible la composicionalidad, cómo las proposiciones expresadas emergen a partir de los contenidos modulados y saturados. La complejidad de la tarea puede ilustrarse con una oración como (26).

(26) ‘Juan XXII excomulgó injustamente a Ockham en 1328’

Si la composicionalidad contextualista se aplica a (26), la proposición que expresa esta oración debe estar determinada por los contenidos del nombre ‘Juan XXII’, del verbo ‘excomulgó’, del adverbio ‘injustamente’, del nombre ‘Ockham’ y del sintagma preposicional ‘en 1328’. Podemos asumir que ‘Juan XXII’ y ‘Ockham’ aportan sus

¹⁴ Ver Davidson 1984, ensayos 6-8 y 1980, ensayos 2, 6 y 7.

¹⁵ Mi inspiración aquí es Evans 1976, si bien Evans reserva la expresión ‘estructura semántica’ para lo que yo llamo ‘forma’. Para el lector familiarizado con el trabajo de John MacFarlane (2000) acerca de la formalidad de la lógica, el tipo de formalidad que tengo en mente en este punto de la discusión es la formalidad-3. Aunque MacFarlane considera que las teorías lógicas posfregeanas están basadas en la formalidad-1 y la formalidad-2 pero no en la formalidad-3, que es decisiva en la concepción de la lógica de Kant, en la sección 6.2.4 (pp. 195-196) reconoce, siguiendo a Evans, un nivel de análisis semántico en el que se hace *completa* abstracción del contenido, incluso del contenido de las constantes lógicas, quedando sólo las categorías semánticas y otros rasgos puramente estructurales de las oraciones. Esta versión contemporánea de la formalidad-3 es la que yo veo como una pieza clave en la explicación de la composicionalidad.

respectivos referentes a la proposición expresada, y que ‘excomulgó’ aporta una función que arroja un par de individuos hacia el valor verdadero cuando el primer individuo excomulgó al segundo. ¿Pero qué contribución semántica hace un adverbio de manera como ‘injustamente’? ¿Y cómo esta contribución entra en interacción con las contribuciones de las demás expresiones para fijar las condiciones de verdad de (26)? Preguntas de esta clase son las que usualmente se plantean los semanticistas formales. Davidson (1967a) propuso tratar los adverbios de manera como predicados de eventos. Thomason y Stalnaker (1973), siguiendo a Montague (1970a), optan por analizarlos como modificadores predicativos interpretados mediante una semántica intensionalista de tipos. McConnell-Ginet (1982) los analiza como operadores que le añaden una variable al predicado que modifican y a la vez saturan esa variable. Sea cual sea el análisis correcto, lo cierto es que necesitamos una explicación del tipo de contribución semántica que hacen los adverbios de manera. Independientemente del análisis davidsoniano de (26), hay buenas razones para pensar que la semántica de esta oración involucra eventos. Comparemos (26) con (27) y (28).

(27) ‘Hubo una excomunión en 1328’

(28) ‘La injusta excomunión de Ockham por parte de Juan XXII ocurrió en 1328’

(26) implica (27) y (26) es implicada por (28) ¿Cómo son posibles estas relaciones de implicación? (27) y (28) son oraciones que hablan explícitamente sobre un evento. En ellas, como diría Quine, explotamos el aparato de referencia objetiva: nominalizamos el verbo ‘excomulgar’ y lo ponemos en interacción con el cuantificador ‘hubo’ y con el artículo determinado ‘la’, y del evento denotado predicamos que ocurrió en 1328. Para explicar la validez de los vínculos inferenciales que se dan entre las oraciones (26)-(28) necesitamos conectar de alguna manera apropiada a (26) con el evento que hace verdaderas a (27) y (28). Necesitamos entonces incorporar a los eventos en la semántica de reportes estándar como (26), que no contienen referencias explícitas a eventos en su estructura superficial. La cuantificación existencial sobre eventos que propone Davidson es una manera de hacerlo, pero podría haber otras.

He usado la oración (26) como ejemplo para ilustrar el tipo de problemas de los que debe ocuparse la semántica formal. Tradicionalmente, los semanticistas formales se han interesado en clasificar las expresiones bajo diferentes categorías semánticas, de tal modo que podamos entender cómo los tipos de valores semánticos asociados a esas categorías actúan conjuntamente para dar lugar a un aparato composicional de determinación de las condiciones de verdad de las oraciones. Pero para construir una teoría acerca de cómo está articulado este aparato, no necesitamos que los contenidos de las expresiones sean invariantes de un contexto a otro. Lo único que necesitamos es que el contenido particular que una expresión recibe en un contexto dado sea un valor semántico que cae bajo el tipo de valor semántico asociado a la categoría que le

hemos asignado a la expresión. Para explicar los mecanismos que hacen posible la composicionalidad de una oración, podemos hacer abstracción de los contenidos de sus constituyentes. Especificar la estructura de la oración a través de las categorías semánticas de sus constituyentes será suficiente. En otras palabras, determinar cuál es la forma de la oración es todo lo que se requiere para sacar a la luz su arquitectura composicional. Éste fue el punto que apreció Davidson al estudiar las definiciones de la verdad de Tarski. Por supuesto, asignarle a una expresión una categoría semántica no siempre es una labor simple, como lo ilustran los adverbios de manera. Además, la asignación de categorías que hace el semanticista debe respetar ciertas relaciones inferenciales que conectan a las oraciones, como vimos al comparar (26)-(28).

En síntesis, el objeto de estudio de la semántica formal son las formas del lenguaje. La descripción de éstas no es incompatible con el contextualismo radical porque el rasgo característico de la tradición contextualista ha sido la insistencia en que los contenidos, y no las formas, dependen intrínsecamente del contexto de uso. Sospecho que la mayor parte del trabajo valioso que se ha desarrollado en la tradición de la semántica formal puede ser reinterpretado como trabajo acerca de las formas. Los semanticistas formales han trabajado bajo la suposición de que las expresiones tienen significados invariantes representables como contenidos proposicionales. Pero ésta es una idealización de la que deberíamos prescindir.

Conclusiones

En este trabajo abordé el debate semanticismo/contextualismo tomando como eje el principio de composicionalidad. En el transcurso de la discusión emergió una postura con respecto al debate, que combina el contextualismo radical con una insistencia en la noción de formalidad. Argumenté que las versiones moderadas del contextualismo son inadecuadas porque siguen aferradas a la idea de que hay significados mínimos, es decir, contenidos proposicionales asociados a las expresiones con independencia del contexto de uso. Una vez nos liberamos de esta suposición, el contextualismo radical se presenta como la única alternativa viable dentro del marco de la tradición contextualista. En contraste con esta tradición, los semanticistas han sostenido que la sensibilidad contextual de la proposición dicha está limitada a las contribuciones por parte del contexto que exige la estructura semántica, aquellas que son necesarias para obtener una proposición expresada con un valor de verdad asignado. En la sección 1.1 señalé que esta postura semanticista no le hace justicia a ciertas oraciones, como (5a), (11a) y (12a), donde la modulación es necesaria para darle sentido a lo que el hablante ha dicho, pero no para tener una proposición valuada. Además, al final de la sección 3.1 sugerí que incluso los análisis contextualistas más refinados de la oración ‘Las hojas son verdes’, planteados como respuesta al ejemplo de Travis, corren el riesgo de quedar desvirtuados a causa de la creatividad de la modulación. Si fuese necesario caracterizar a la tradición contextualista mediante una frase corta, yo diría que el contextualismo es el reconocimiento de la creatividad. Puesto que en mi opinión la creatividad, tal como la caractericé en el capítulo 3, es un rasgo fundamental de la comunicación humana, creo que la mejor apuesta es aceptar el contextualismo radical en vez de seguir insistiendo en plantear análisis semanticistas de los distintos tipos de contraejemplos que provienen de la tradición contextualista.

Pero, a pesar de mi compromiso con el contextualismo radical, en la sección 3.2 argumenté que hay espacio aún para una teoría sistemática de las formas, y que éstas constituyen el objeto de la semántica formal. Podemos incorporar una versión del principio de composicionalidad dentro del marco contextualista, pero el precio que hay que pagar por ello es la necesidad de un modelo general para explicar cómo los significados de las partes se combinan para formar el significado del todo. Es aquí donde entra en escena la noción de forma concebida como el elemento clave dentro de una explicación sistemática de la composicionalidad del lenguaje.

Bibliografía

Borg, Emma, 2004, *Minimal Semantics*, Oxford University Press, Oxford.

Bach, Kent, 1994, “Conversational Implicature”, *Mind and Language*, Vol. 9, No. 2, pp. 124-162.

Cappelen, Herman y Lepore, Ernest, 2005, *Insensitive Semantics: A Defense of Semantic Minimalism and Speech Act Pluralism*, Blackwell, Oxford.

Carston, Robyn, 1988, “Implicature, Explicature and Truth-Theoretic Semantics”, en *Mental Representations: The Interface between Language and Reality*, R. Kempson (ed.), Cambridge University Press, Cambridge, pp. 155-181.

-----, 2002, *Thoughts and Utterances: The Pragmatics of Explicit Communication*, Blackwell, Oxford.

Cohen, L. J., 1971, “Some Remarks on Grice’s Views about the Logical Particles of Natural Language”, en *Pragmatics of Natural Language*, Y. Bar-Hillel (ed.), D. Reidel Publishing Company, Dordrecht, pp. 50-68

Chomsky, Noam, 1965, *Aspects of the Theory of Syntax*. MIT Press, Cambridge Mass.

-----, 1966, *Cartesian Linguistics: A Chapter in the History of Rationalist Thought*, Harper & Row, Nueva York y Londres.

Davidson, Donald, 1965, “Theories of Meaning and Learnable Languages”, en *Proceedings of the 1964 International Congress for Logic, Methodology, and Philosophy of Science*, Y. Bar-Hillel (ed.), North-Holland Publishing Company, Amsterdam, pp. 383-394. Reimpreso en Davidson 1984, pp. 3-15.

-----, 1967a, “The Logical Form of Action Sentences”, en *The Logic of Decision and Action*, N. Rescher (ed.), University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, pp. 81-95. Reimpreso en Davidson 1980, pp. 105-122.

-----, 1967b, “Truth and Meaning”, *Synthese*, Vol. 17, No. 1, pp. 304-323. Reimpreso en Davidson 1984, pp. 17-36

-----, 1980, *Essays on Actions and Events*, Clarendon Press, Oxford.

-----, 1984, *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford University Press, Oxford.

Dummett, Michael, 1993, *The Seas of Language*, Oxford, Clarendon Press.

Evans, Gareth, 1976, "Semantic Structure and Logical Form", en *Truth and Meaning: Essays in Semantics*, en G. Evans y J. McDowell (eds.), Clarendon Press, Oxford, pp. 199-222. Reimpreso en Evans 1985, pp. 49-75.

-----, 1982, *The Varieties of Reference*, Clarendon Press, Oxford.

-----, 1985, *Collected Papers*, Clarendon Press, Oxford.

Fodor, Jerry, 1987, *Psychosemantics: The Problem of Meaning in the Philosophy of Mind*, MIT Press, Cambridge Mass.

Fodor, Jerry y Pylyshyn, Zenon, 1988, "Connectionism and Cognitive Architecture: A Critical Analysis", *Cognition*, Vol. 28, Issues 1-2, pp. 3-71

García-Carpintero, Manuel y Kölbel, Max (eds.), 2008, *Relative Truth*, Oxford University Press, Oxford.

Grice, Paul, 1975, "Logic and Conversation", en *Syntax and Semantics, Vol. 3: Speech Acts*, P. Cole y J. Morgan (eds.), Academic Press, Nueva York, pp. 41-58. Traducción al español "Lógica y conversación", en *La búsqueda del significado: lecturas de filosofía del lenguaje*, L. M. Valdés (comp.), 3ª edición, Tecnos, Madrid, 1999, pp. 524-543. Referencias a la traducción al español.

Kaplan, David, 1977, "Demonstratives", en *Themes from Kaplan*, J. Almog, J. Perry y H. Wettstein (eds.), Oxford University Press, Oxford, 1989, pp. 481-563.

Kay, Paul y Zimmer, Karl, 1976, "On the Semantics of Compounds and Genitives in English", en R. Underhill (ed.), *Sixth California Linguistics Association Conference Proceedings*, Campanile, San Diego, pp. 29-35.

Kennedy, Christopher y McNally, Louise, 2010, "Color, Context, and Compositionality", *Synthese*, Vol. 174, No. 1, pp. 79-89.

Kölbel, Max, 2003, "Faultless Disagreement", *Proceedings of the Aristotelian Society*, Vol. 104, pp. 53-73.

-----, “Moral Relativism”, 2005, en D. Westerstahl y T. Tännsjö (eds.), *Lectures on Relativism*, Göteborg, pp. 51-72.

-----, 2008, “Motivations for Relativism”, en M. García-Carpintero y M. Kölbel (eds.), *Relative Truth*, Oxford University Press, Oxford, pp. 1-38.

Lewis, David, 1972, “General Semantics” en *Semantics of Natural Language*, D. Davidson y G. Harman (eds.), 2ª edición, D. Reidel Publishing Company, Dordrecht y Boston, pp. 169-218.

-----, 1980, “Index, Context, and Content”, en *Philosophy and Grammar*, S. Kanger y S. Öhman (eds.), D. Reidel Publishing Company, Dordrecht, pp. 79-100. Reimpreso en Lewis 1998, pp. 21-44.

-----, 1998, *Papers in Philosophical Logic*, Cambridge University Press, Cambridge.

McConnell-Ginet, Sally, 1982, “Adverbs and Logical Form: A Linguistically Realistic Theory”, *Language*, Vol. 58, No. 1, pp. 144-184.

MacFarlane, John, 2000, *What Does it Mean to Say that Logic is Formal*. Tesis doctoral, Universidad de Pittsburgh. Versión electrónica disponible en <http://johnmacfarlane.net/dissertation.pdf>

-----, 2003, “Future Contingents and Relative Truth”, *The Philosophical Quarterly*, Vol. 53, No. 212, pp. 321-336.

-----, 2005, “The Assessment Sensitivity of Knowledge Attributions”, en T. Szabó Gendler y J. Hawthorne (eds.), *Oxford Studies in Epistemology Volume 1*, Clarendon Press, Oxford, pp. 197-233.

Montague, Richard, 1970a, “English as a Formal Language” en *Linguaggi nella Società e nella Tecnica*, B. Visentini et ál. (eds.), Edizioni di Comunità, Milán, pp. 189-224. Reimpreso en Montague 1974, pp. 188-221.

-----, 1970b, “Universal Grammar”, *Theoria*, Vol. 36, Issue 3, pp. 373-398. Reimpreso en Montague 1974, pp. 222-246.

-----, 1973, “The Proper Treatment of Quantification in Ordinary English” en *Approaches to Natural Language: Proceedings of the 1970 Stanford Workshop on Grammar and Semantics*, J. Hintikka, J. Moravcsik y P. Suppes (eds.), D. Reidel

Publishing Company, Dordrecht, pp. 221-242. Reimpreso en Montague 1974, pp. 247-270.

-----, 1974, *Formal Philosophy: Selected Papers of Richard Montague*, R. H. Thomanson (ed.), Yale University Press, New Haven y Londres.

Pagin, Peter y Pelletier, Francis Jeffry, 2007, "Content, Context and Composition", en G. Preyer y G. Peter (eds.), *Context-Sensitivity and Semantic Minimalism: Essays on Semantics and Pragmatics*, Oxford University Press, Oxford, pp. 25-62.

Partee, Barbara, 1973, "Some Structural Analogies Between Tenses and Pronouns in English", *The Journal of Philosophy*, Vol. 70, No. 18, pp. 501- 509. Reimpreso en Partee 2004, pp. 50-58.

-----, 2004, *Compositionality in Formal Semantics: Selected Papers by Barbara H. Partee*, Blackwell, Oxford.

Perry, John, 1986, "Thought Without Representation", *Proceedings of the Aristotelian Society, Supplementary Volumes*, Vol. 60, pp. 137-151. Reimpreso en Perry 1993, pp. 205-225

-----, 1993, *The Problem of the Essential Indexical and Other Essays*, Oxford University Press, Oxford.

Recanati, François, 1989, "The Pragmatics of What is Said", *Mind and Language*, Vol. 4, No. 4, pp. 295-329.

-----, 1994, "Contextualism and Anti-Contextualism in the Philosophy of Language", en *Foundations of Speech Act Theory: Philosophical and Linguistic Perspectives*, S. Tsohatzidis (ed.), Routledge, Londres y Nueva York, pp. 156-166.

-----, 2004, *Literal Meaning*, Cambridge University Press, Nueva York.

-----, 2005, "Literalism and Contextualism: Some Varieties", en *Contextualism in Philosophy: Knowledge, Meaning, and Truth*, G. Preyer y G. Peter (eds.), Oxford University Press, Oxford, pp. 171-196.

-----, 2007, *Perspectival Thought: A Plea for (Moderate) Relativism*, Oxford University Press, Oxford.

-----, 2009, “Compositionality, Flexibility, and Context-Dependence”, a publicarse en W. Hinzen, E. Machery, y M. Werning (eds.), *The Oxford Handbook of Compositionality*. Versión en manuscrito disponible en http://jeannicod.ccsd.cnrs.fr/docs/00/42/91/34/PDF/Compositionality_Flexibility_and_Context-Dependence5REV7.pdf

Searle, John, 1978, “Literal Meaning”, *Erkenntnis*, Vol. 13, No. 1, pp. 207-224. Reimpreso en Searle 1979, pp. 117-136. Referencias a la versión reimpresa.

-----, 1979, *Expression and Meaning*, Cambridge University Press, Cambridge.

-----, 1980, “The Background of Meaning”, en J. Searle, F. Kiefer y M. Bierwisch (eds.), *Speech Act Theory and Pragmatics*, D. Reidel Publishing Company, Dordrecht, pp. 221-232.

-----, 1983, *Intentionality: An Essay in the Philosophy of Mind*, Cambridge University Press, Cambridge.

-----, 1992, *The Rediscovery of the Mind*, MIT Press, Cambridge Mass. y Londres.

Sperber, Dan y Wilson, Deidre, 1986, *Relevance: Communication and Cognition*, Blackwell, Oxford.

Stanley, Jason, 2000, “Context and Logical Form”, *Linguistics and Philosophy*, Vol. 23, No. 4, pp. 391-434. Reimpreso en Stanley 2007, pp. 30-68

-----, 2007, *Language in Context: Selected Essays*, Oxford University Press, Oxford.

Szabó, Zoltán Gendler, 2001, “Adjectives in Context”, en I. Kenesei y R. M. Harnish (eds.), *Perspectives on Semantics, Pragmatics, and Discourse*, John Benjamins, Amsterdam, pp. 119-146.

Tarski, 1933, “The Concept of Truth in Formalized Languages”, en Tarski 1956, pp. 152-278.

-----, 1956, *Logic, Semantics, Metamathematics*, J. H. Woodger (trad.), Clarendon Press, Oxford.

Thomason, Richmond y Stalnaker, Robert, 1973, “A Semantic Theory of Adverbs”, *Linguistic Inquiry* Vol. 4, No. 2, pp. 195-220.

Travis, Charles, 1996, "Meaning's Role in Truth", *Mind*, Vol. 105, No. 419, pp. 451-466. Reimpreso en Travis 2008, pp. 94-108.

-----, 1997, "Pragmatics", en B. Hale and C. Wright (eds.), *A Companion to the Philosophy of Language*, Blackwell, Oxford, pp. 87-107. Reimpreso en Travis 2008, pp. 109-129.

-----, 1998, "Sublunary Intuitionism", *Grazer Philosophische Studien*, Vol. 55, pp. 169-194. Reimpreso en Travis 2008, pp. 130-149. Referencias a la versión reimpresa.

-----, 2008, *Occasion-Sensitivity: Selected Essays*, Oxford University Press, Oxford.